



CEU

*Instituto Universitario
de Estudios Europeos*

Universidad San Pablo

Documento de Trabajo

Serie Unión Europea y Relaciones Internacionales

Número 75 / 2015

**De Viena a Sarajevo: un estudio del
equilibrio de poder en Europa entre
1815 y 1914**

Álvaro Silva Soto



CEU | *Ediciones*

Documento de Trabajo
Serie Unión Europea y Relaciones
Internacionales
Número 75 / 2015

De Viena a Sarajevo: un estudio del equilibrio de poder en Europa entre 1815 y 1914

Álvaro Silva Soto¹

¹ Álvaro Silva es Máster en Relaciones Internacionales por el Instituto Universitario de Estudios Europeos de la Universidad CEU San Pablo

El Instituto Universitario de Estudios Europeos de la Universidad CEU San Pablo, Centro Europeo de Excelencia Jean Monnet, es un centro de investigación especializado en la integración europea y otros aspectos de las relaciones internacionales.

Los Documentos de Trabajo dan a conocer los proyectos de investigación originales realizados por los investigadores asociados y colaboradores del Instituto Universitario en los ámbitos histórico-cultural, jurídico-político y socioeconómico de la Unión Europea.

Las opiniones y juicios de los autores no son necesariamente compartidos por el Instituto Universitario de Estudios Europeos.

Los Documentos de Trabajo están también disponibles en: www.idee.ceu.es

Serie *Unión Europea y Relaciones Internacionales* de Documentos de Trabajo del Instituto Universitario de Estudios Europeos

De Viena a Sarajevo: un estudio del equilibrio de poder en Europa entre 1815 y 1914

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2015, Álvaro Silva Soto

© 2015, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU Ediciones

Julián Romea 18, 28003 Madrid

www.ceuediciones.es

Instituto Universitario de Estudios Europeos

Avda. del Valle 21, 28003 Madrid

www.idee.ceu.es

ISBN: 978-84-15949-95-4

Depósito legal: M-14012-2015

Maquetación: Servicios Gráficos Kenaf s.l.

Índice

1. INTRODUCCIÓN	5
1.1. Qué es el equilibrio de poder	5
1.2. La historia del equilibrio de poder	7
1.3. El objeto de este trabajo	8
2. DEL CONGRESO DE VIENA A LA GUERRA DE CRIMEA	9
2.1. Un nuevo mapa de Europa	9
2.2. Un sistema que no llegó a desarrollarse	11
2.3. La Santa Alianza	13
2.4. Resumen del periodo	14
3. DE LA GUERRA DE CRIMEA AL SEGUNDO IMPERIO ALEMÁN	15
3.1. La Guerra de Crimea	15
3.2. Magenta y Solferino	19
3.3. Bismarck y el fin de la Confederación Germánica	20
3.4. La derrota de Francia y las unificaciones de Alemania e Italia	22
3.5. Resumen del periodo	23
4. LOS SISTEMAS BISMARCKIANOS	23
4.1. Primer sistema bismarckiano	23
4.2. Segundo sistema bismarckiano	24
4.3. Tercer sistema bismarckiano	25
4.4. Resumen del periodo	26
5. EL EQUILIBRIO PERFECTO: LA FÓRMULA DEL DESASTRE	27
5.1. La caída de Bismarck	27
5.2. La alianza franco-rusa	28
5.3. Las ententes con Gran Bretaña	30
5.4. La anexión de Bosnia-Herzegovina	34
5.5. La crisis de Agadir	35
5.6. Las guerras balcánicas	37
5.7. El estallido de la Primera Guerra Mundial	37
5.8. Resumen del periodo	40
CONCLUSIONES	40
BIBLIOGRAFÍA	49

1. Introducción

1.1. Qué es el equilibrio de poder

En el cada vez más extenso campo de las relaciones internacionales, pocos modelos teóricos pueden presumir de la longevidad del que se conoce como “equilibrio de poder”. En sus diferentes variantes, este modelo ha servido a numerosos estadistas de todos los tiempos como guía para ajustar sus acciones a los condicionantes que la realidad internacional ha ido imponiendo y, aún hoy, sigue estando entre las construcciones explicativas del orden internacional más aceptadas.

Entre los académicos son muchos los que han defendido de una u otra manera el equilibrio de poder como herramienta de interpretación y diseño de las relaciones internacionales. Sin mucha dificultad, podríamos elaborar una lista que comenzara por David Hume o Emmerich de Vattel y llegara sin muchos saltos en el tiempo hasta los modernos teóricos de las relaciones internacionales, como Morgenthau, Bull, Waltz o, más recientemente, John Mearsheimer. Pero si la corriente del equilibrio de poder es importante entre los académicos, entre los líderes políticos que han destacado en la dirección de las relaciones internacionales es absolutamente predominante, lo que indica que hay algo en el modelo que lo hace más atractivo que los demás cuando no se trata, únicamente, de escribir tratados. Federico el Grande, Castlereagh, Metternicht, Palmerston, Bismarck, Churchill o Kissinger, son nombres que en los libros de historia aparecen indefectiblemente ligados al equilibrio de poder.

Nos equivocáramos, sin embargo, si pensásemos que una idea con tan larga vida está bien definida o que hay unanimidad entre los estudiosos sobre el significado que cabe atribuirle. Richard Cobden comparaba el equilibrio de poder con la piedra filosofal, y afirmaba que era una quimera, “*not a fallacy, a mistake, an imposture; it is an undescribed, indescribable, incomprehensible nothing; mere words, conveying to the mind not ideas but sounds*”¹. Es, tal vez, un comentario exagerado, pero es cierto que la expresión española “equilibrio de poder” y su equivalente inglesa más habitual (*balance of power*) han sido utilizados de formas muy variadas y con significados muy diferentes.

Una de las definiciones más aceptadas es la que dio Emmerich de Vattel en 1758, que es recogida literalmente por varios autores: el equilibrio de poder es “*la disposition des choses au moyen de laquelle aucune puissance ne se trouve en état de prédominer absolument et de faire la loi aux autres*”². El equilibrio para Vattel consistiría, por tanto, en la inexistencia de potencias hegemónicas y no tanto en una distribución homogénea del poder. Pero esto no es lo que se quiere decir siempre que se utiliza la expresión “equilibrio de poder”.

Martin Whight³ y Ernst B. Haas⁴, cuyos estudios son ya clásicos, detectaban nueve y ocho significados respectivamente en diversas obras sobre el tema, mientras que Organski hacía una clasificación más manejable: “*sometimes it is used to refer to an equal distribution of power; sometimes to a preponderance of power; sometimes to the existing distribution of power, regardless of whether it is balanced or not, and sometimes to*

¹ Cobden, Richard, *Political Writings*, Vol. 1, Appleton, Nueva York, 1867, p. 258.

² Vattel, Emmerich de, *Le droit des gens ou principes de la loi naturelle appliqués à la conduite et aux affaires des nations et des souverains*, Livre III, Chapitre III, Londres, 1758.

³ Whight, Martin and Butterfield, H., *Diplomatic Investigations: Essays in the Theory of International Politics*, Allen and Unwin, Londres, 1966.

⁴ Haas, Ernst B., *The Balance of Power: Prescription, Concept or Propaganda*, *World Politics*, Vol. 5, nº 4, pp. 422-477.

*any distribution of power*⁵. Nosotros, inspirándonos en Esther Barbé, vamos a distinguir entre tres acepciones principales: el equilibrio de poder puede ser una situación, una política o un sistema⁶.

Al hablar del equilibrio de poder como situación, estaremos hablando únicamente de una situación en la que el poder se ha distribuido de forma más o menos homogénea entre los diferentes actores.

Cuando nos referimos al equilibrio de poder como política, hablamos de las decisiones estatales dirigidas a organizar o mantener un sistema de equilibrio de poder o a los principios que inspiran tales decisiones.

Por último, cuando hablamos de un sistema de equilibrio de poder nos referimos a un grupo de Estados que observan los principios del equilibrio de poder a la hora de relacionarse entre sí. ¿Quiere esto decir que no caben en estos sistemas otros principios que los del equilibrio de poder? No, pero para que podamos hablar de un sistema de equilibrio, las normas del equilibrio de poder tienen que predominar sobre las demás. Podría darse una situación de equilibrio de poder en la que los Estados no organizaran sus relaciones en función de ese equilibrio sino, por ejemplo, en función de consideraciones dinásticas, religiosas etc., en cuyo caso no estaríamos ante un verdadero sistema de equilibrio.

En su conocida obra, *The Anarchical Society*, Hedley Bull abordó la tarea de clasificar los diversos sistemas de equilibrio que pueden darse⁷. El autor británico distinguía, en primer lugar, entre sistemas simples y complejos. En los sistemas del primer tipo, dos potencias o alianzas directamente enfrentadas mantienen el equilibrio. Un buen ejemplo lo constituirían la Triple Entente y la Triple Alianza a principios del siglo XX, pero también los Estados Unidos y la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial o Francia y los Habsburgo en los siglos XVI y XVII. En los sistemas complejos, en cambio, tres o más potencias se combinan de diferentes maneras para dar una respuesta *ad hoc* a las diferentes tentativas de alzarse con la hegemonía que se van dando; es probablemente lo que se quiso establecer en Viena.

Por su estructura y funcionamiento, las fuerzas enfrentadas en un sistema simple deben ser equivalentes y confiar en sus capacidades internas para aumentar su poder si es necesario. Por el contrario, en los sistemas complejos los participantes pueden ser de categorías muy diversas, pues siempre pueden recurrir a las alianzas o a una política exterior expansiva para equilibrar la balanza. De ahí que, mientras que hablar de un sistema de equilibrio complejo tiene sentido, hablar de una situación de equilibrio complejo no lo tenga tanto. En el fondo, un sistema de equilibrio complejo no es más que una situación de desequilibrio estabilizada mediante el uso constante de los instrumentos correctores del equilibrio.

En segundo lugar, Bull distingue entre sistemas generales y locales. En el primer caso, hablaríamos de un equilibrio de poder global, mientras que en el segundo caso hablaríamos de un sistema regional en el que, no obstante, pueden participar países que no pertenecen a la región de que se trate. Así, por ejemplo, si considerásemos el actual reparto de poder en Asia como un equilibrio de poder regional, Estados Unidos sería un participante no asiático en el sistema.

Finalmente, Bull habla de equilibrios dominantes y subordinados, siendo los segundos una parte integrante de los primeros. Sería el caso del equilibrio de poder en la península itálica respecto del más amplio equilibrio europeo.

⁵ Organski, A.E.K., *World Politics*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1966, pp. 284-285.

⁶ Barbé, Esther, *El equilibrio de poder en la Teoría de las Relaciones Internacionales*, *Afers Internacionales*, nº 11, 1987.

⁷ Bull, Hedley, *The Anarchical Society*, MacMillan Press, Londres 1995, p. 97 y ss.

1.2. La historia del equilibrio de poder

No hay duda de que, a lo largo de la historia, se han dado numerosas situaciones de equilibrio de poder, ni de que, ante la aparición de amenazas a las que no podían responder por sí solos, los pueblos más débiles se han unido y luchado juntos. En un original estudio publicado en el *European Journal of International Relations* en el año 2007⁸, se analizaban, por ejemplo, los sistemas de equilibrio en la antigua Mesopotamia (del 900 al 600 a.C.), en la India (entre los años 500 y 200 a.C.) en China (del 656 al 221 a.C.) o en la Grecia enfrentada al imperio persa (entre el 500 y el 330 a.C.). Hume, en su ensayo sobre el equilibrio de poder, cita a Jenofonte y Tucídides como autores clásicos que ya hablaron del equilibrio de poder.

Sin embargo, parece haber acuerdo sobre el hecho de que fue la Europa del siglo XVI la que comenzó a pensar en el equilibrio como un sistema que valía la pena establecer y mantener permanentemente. Las primeras formulaciones teóricas se habrían dado en Italia y su transformación en política habría seguido la progresiva expansión de la diplomacia permanente, pero para ver el equilibrio de poder definitivamente aceptado como parte de la ortodoxia pública europea habría que esperar aún hasta el siglo XVII, cuando la razón de Estado terminó de sustituir a los imperativos morales como guía de la política exterior.

Correctamente, en nuestra opinión, Henry Kissinger defiende que la Guerra de los Treinta Años fue el evento histórico que marcó el paso de un modelo a otro y el cardenal Richelieu el principal artífice del cambio⁹. Para el célebre Secretario de Estado norteamericano, el emperador Fernando II demostró ser un fanático [*sic*] al subordinar los intereses del Estado a los de la religión, negándose a aceptar compromisos con los protestantes que le hubieran proporcionado importantes ventajas políticas. Richelieu, en cambio, supo dejar a un lado sus convicciones religiosas y, a pesar de su condición de príncipe de la Iglesia, no dudó en aliarse con todos aquellos que pudieran ayudarle a contrarrestar el poder de los Habsburgo, con independencia de sus creencias o principios.

Liberada de limitaciones morales, la política de Richelieu tuvo un éxito inmediato. Los tratados de Westfalia y los Pirineos, firmados en 1648 y 1659 respectivamente, consagraban la derrota de los Habsburgo y la consolidación de Francia como primera potencia de Europa. Sin embargo, la victoria francesa tuvo como consecuencia el que los demás países fueran adoptando progresivamente los mismos métodos y, por tanto, que la política exterior se convirtiera en una lucha por el poder, lo único que podía garantizar la seguridad una vez que los justos títulos, la moral y la religión dejaron de tener eficacia.

Se comprende así que, aunque Kissinger no lo diga explícitamente, el equilibrio de poder fue la solución que acabaron aceptando las potencias europeas para solucionar el problema que ellas mismas crearon a partir de 1648 (la inseguridad derivada de la eliminación de los principios ordenadores de la sociedad internacional) y que Morgenthau defina el equilibrio de poder como una consecuencia necesaria de las políticas de poder, pero también como *“an essential stabilizing factor in a society of sovereign nations”*¹⁰.

En 1815, tras casi dos siglos de conflictos entre las grandes potencias y la trágica experiencia de las guerras napoleónicas, los diplomáticos europeos asumieron que no bastaba para mantener la estabilidad que los gobernantes actuaran con la convicción de la necesidad de mantener un equilibrio de poder. Era necesario

⁸ Wohlforth, William C. et al. *Testing Balance of Power in World History*, European Journal of International Relations, Vol. 13, SAGE Publications and ECPR, 2007 pp. 155-185.

⁹ Kissinger, Henry. *Diplomacy*, Simon & Schuster Paperbacks, Nueva York, 1994, pp. 56 y ss.

¹⁰ Morgenthau, Hans Joachim, *Politics among nations*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1985, p. 187.

diseñar racionalmente una Europa equilibrada; un sistema de equilibrio que, de una vez por todas, trajese la tranquilidad al continente. Es por eso que el Congreso de Viena es visto por los historiadores como el punto de partida del siglo de oro del equilibrio de poder, que se extendería hasta 1914.

1.3. El objeto de este trabajo

El equilibrio de poder en el periodo 1815-1914 será precisamente el tema de este trabajo. Aspiramos a probar con él dos hipótesis que nos parecen interesantes. La primera es de tipo histórico y se resume en decir que el siglo XIX, lejos de ser el siglo de oro del equilibrio, fue el siglo de sus grandes fracasos. La segunda pertenece más al campo de la teoría de las relaciones internacionales y consiste en la afirmación de que los sistemas de equilibrio no solo no producen estabilidad sino que, por el contrario, generan inestabilidad.

Los estudios sobre el equilibrio de poder son numerosos y somos conscientes de que se nos puede reprochar volver a tratar un tema sobre el que ya se ha escrito tanto. A pesar de todo, creemos que un estudio sobre un tema tan clásico en relaciones internacionales tiene interés en este momento, y ello por varias razones.

La primera es obvia, aunque no por ella menos cierta: por muy clásica que sea, la continua publicación y reedición de escritos sobre el equilibrio de poder muestra que ésta es una cuestión que dista mucho de estar cerrada. Por citar solo algunos ejemplos, *Politics among nations*, la obra clásica de Morgenthau se reeditó una vez más en 2005; *Unanswered Threats: Political Constraints on the Balance of Power* fue publicado por Schweller en 2006; la obra de Richard Little, *The Balance of Power in International Relations*, se publicó en 2007 y se reeditó en 2009; *The Balance of Power, history and theory*, de Michael Sheehan, volvió a aparecer en formato electrónico en 2007; *Theory of International Politics*, de Kenneth Waltz fue reeditada en 2010; *Diplomacy*, de Kissinger, ha dado el salto al libro electrónico en 2012. Si añadimos a esta lista los artículos científicos aparecidos en diferentes publicaciones, la enumeración de trabajos realizados o reeditados en los últimos diez años que, de forma más o menos directa, abordan el análisis del equilibrio de poder, sería interminable.

La segunda razón es probablemente la principal y más importante: en la actualidad existe una conciencia creciente a nivel global de que el orden establecido tras la Segunda Guerra Mundial no podrá mantenerse intacto durante mucho más tiempo. Sea mediante el acuerdo o por la vía de los hechos, el mundo en el que vivimos se irá transformando en los próximos años a un ritmo cada vez más acelerado, la multipolaridad del mundo se hará cada día más patente y las seguridades que nos proporcionaba la hegemonía estadounidense irán desapareciendo. En este contexto, una reflexión sobre las lecciones que enseña la historia de las relaciones internacionales nos parece pertinente.

La tercera y última razón tiene que ver con un interés personal. El año pasado se cumplieron cien desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial, un conflicto que costó la vida a millones de soldados y cambió para siempre la faz de Europa. Cuatro grandes imperios desaparecieron y un quinto quedó herido de muerte; nuevos países surgieron siguiendo en mayor o menor medida el principio nacional y el reparto global de poder cambió decisivamente; la monarquía como forma de gobierno terminó de desaparecer, llevándose consigo a las élites tradicionales; el Estado amplió sus poderes y competencias; nuevos sectores industriales se desarrollaron como consecuencia de las necesidades militares y la mujer se incorporó al mercado laboral. Creemos que un trabajo sobre el equilibrio de poder puede arrojar mucha luz sobre las causas de una guerra fundamental para entender el mundo moderno y constituir una aportación al estudio de un conflicto que, en España, no ha recibido toda la atención que merece.

Como no podía ser de otra manera nuestro trabajo será eminentemente historiográfico y se centrará en repasar las acciones de las principales potencias y personajes del periodo para reunir evidencias que ayuden a sustentar las tesis que hemos propuesto. No desconocemos la importancia de lo que Renouvin llama “las fuerzas profundas” (la economía, las corrientes de pensamiento, las aspiraciones sociales...), pero los límites de esta obra y el hecho de que aspiremos a enjuiciar la validez o conveniencia de un modelo teórico de relaciones internacionales más que a explicar los hechos históricos, nos han llevado a optar por un enfoque clásico. Esto está aún más justificado por el hecho de que, durante el siglo XIX, los líderes políticos tenían un margen de maniobra personal superior al que tienen hoy: no podría entenderse la política internacional durante esos cien años sin tener en cuenta los proyectos personales de los zares de Rusia, de Bismarck, de Napoleón III o de Guillermo II.

Dividiremos el texto en cuatro capítulos, que tratarán los cuatro periodos históricos diferenciados en que hemos dividido el siglo XIX. En primer lugar, los años que van del Congreso de Viena a la Guerra de Crimea, un periodo de estabilidad en el orden internacional pero de grandes turbulencias sociales en casi todos los países de Europa. Luego analizaremos el espacio de tiempo que acotan la Guerra de Crimea y la proclamación del Segundo Imperio alemán, unos pocos años en los que el orden de Viena se vendrá abajo estrepitosamente. Seguidamente pasaremos a estudiar cómo Bismarck construye un nuevo sistema europeo de creciente complejidad y, finalmente, nos adentraremos en el periodo post-bismarckiano, en el que Europa adoptó la forma con la que llegaría a 1914. Al final de cada uno de los capítulos históricos y para ayudar al lector a mantener el hilo de la defensa de nuestras hipótesis, hemos incluido un breve resumen explicativo del periodo.

Hecho esto y dotados ya con una visión de conjunto de los principales hechos acaecidos entre 1815 y 1914, procederemos a elaborar sobre ellos unas conclusiones sobre el equilibrio de poder como modelo teórico en el campo de las relaciones internacionales.

Esperamos que las páginas que siguen sean del interés del lector y que le ayuden a hacer una reflexión sobre las relaciones internacionales pasadas y las que pueden darse en el futuro. Y esperamos también que disfrute leyendo sobre un periodo histórico que, al menos nosotros, encontramos apasionante.

2. Del Congreso de Viena a la Guerra de Crimea

2.1. Un nuevo mapa de Europa

El 31 de marzo de 1814, tras más de veinte años de guerras, las tropas aliadas del príncipe Schwarzenberg y el mariscal Blücher entraron en París. Una semana más tarde, Napoleón Bonaparte abdicó incondicionalmente en Fontainebleau y, por fin, con la firma el 30 de mayo del Tratado de París¹¹, se puso punto final uno de los periodos más turbulentos de la historia de Europa.

Extremadamente generoso con Francia, que conservaba ligeramente mejoradas sus fronteras de 1792 y no se veía obligada a pagar ninguna indemnización, el Tratado de París preveía además la celebración de una conferencia internacional en Viena que permitiera discutir el nuevo orden europeo tras el paréntesis napoleónico.

¹¹ Luego conocido como Primer Tratado de París para distinguirlo del que se firmó tras los Cien Días.

En principio, se esperaba que esta conferencia internacional pudiese comenzar dos meses después de la firma del tratado, pero, finalmente, hubo que esperar hasta mediados de septiembre de 1814 para ver reunidos a los plenipotenciarios de los diferentes países.

Aunque lo tocante a Francia había sido resuelto en lo fundamental por el Tratado de París, las potencias victoriosas sentían la necesidad de reordenar el mapa de Europa de manera que ninguna de ellas se beneficiase en demasía de la victoria. Era necesario crear, en palabras de Castlereagh, un justo equilibrio entre las potencias.

Las negociaciones fueron difíciles. Como suele suceder cuando los aliados lo son solo por la necesidad de lidiar con un enemigo común, una vez firmada la paz los problemas entre los vencedores comenzaron enseguida. El representante de Francia, Talleyrand, explotó hábilmente estas disensiones entre los antiguos aliados para integrarse en el círculo de las grandes potencias decisoras y sacar a su país del aislamiento que le había sido impuesto, llegando incluso a concertar, en enero de 1815, una alianza defensiva con Austria y Gran Bretaña para resistir a un posible ataque por parte de Rusia y Prusia. Fueron estas cinco potencias las que diseñaron el nuevo orden europeo, que mantendría la paz durante cuarenta años.

Tal y como explica Paul W. Schroeder¹², el Congreso de Viena no estableció un equilibrio de poder entre las potencias. Gracias a su poder y sus escasas vulnerabilidades, Rusia y Gran Bretaña mantenían una clara posición de dominio a la que, de las tres potencias restantes, solo Francia podía aspirar. Austria quedaba un escalón por debajo de Francia, y Prusia, simplemente, jugaba en otra liga. Sin embargo, ya hemos visto que un equilibrio complejo no requiere que todos los participantes en el sistema tengan el mismo poder y, probablemente, la aspiración de los arquitectos del sistema de 1815 consistió en establecer unas bases sobre las que un sistema de ese tipo pudiera construirse fácilmente.

En Viena se formaron cinco grandes pesas con las que, en función de las circunstancias, podían articularse varios equilibrios distintos. Francia mantuvo su estatus, si bien quedaba encerrada por un cinturón de potencias capaz de ofrecer resistencia: el nuevo reino de los Países Bajos, que incluía el territorio de los que hoy es Bélgica, la Confederación Germánica y el reino de Piamonte-Cerdeña. Prusia y Austria se configuraban como las dos grandes potencias germánicas, fuertes ellas mismas y con la posibilidad de ser reforzadas por los demás Estados confederados en caso de tener que lidiar con un ataque de Rusia o Francia. Esta unidad germana sería, en cambio, mucho más complicada de conseguir para un ataque a iniciativa de Prusia o Austria –entre otras cosas por la rivalidad entre estas dos potencias–, por lo que con la Confederación no se constituía una amenaza excesivamente grande para Francia o Rusia. Esta última potencia, por su parte, ganaba la mayor parte de Polonia, pero tuvo que consentir la devolución a Austria de la Galitzia. Gran Bretaña, cuyo poder no era de base continental, se conformó con ampliar su cadena de bases navales y asegurar su comercio.

La vuelta de Napoleón a Francia y el periodo de los Cien Días dieron lugar a los últimos añadidos al sistema. El día 20 de noviembre de 1815 se firmaba el Segundo Tratado de París, algo más duro que el primero. Francia volvía a las fronteras de 1790, tenía que pagar una indemnización a las potencias vencedoras de 700 millones de francos en un máximo de cinco años y comprometerse a mantener un ejército aliado de ocupación de 150.000 hombres hasta que el pago de dicha indemnización estuviese completo. Además, Francia debía devolver las obras de arte robadas durante las guerras napoleónicas.

¹² Schroeder, Paul W., *Did the Vienna Settlement rest on a balance of power?* The American Historical Review, Vol. 97, N°3 (Junio 1992).

Junto con el Segundo Tratado de París, se firmó el mismo día 20 la Cuádruple Alianza entre Austria, Inglaterra, Rusia y Prusia, un acuerdo que tenía por finalidad garantizar la paz alcanzada con Francia. Cada una de las potencias firmantes se comprometía a aportar 60.000 hombres en caso de guerra con Francia y a mantener reuniones periódicas para discutir los temas que afectasen a la paz en Europa. Esto significó el inicio de lo que se llamó el “Concierto Europeo”, que se materializaría en los congresos de Aquisgrán (1818), Viena (1819), Troppau (1820), Laibach (1821) y Verona (1822).

2.2. Un sistema que no llegó a desarrollarse

En conjunto, el orden establecido en 1815 se mantuvo sin grandes alteraciones durante cuarenta años. Pero, contra lo que suele decirse, no tenemos claro que el equilibrio de poder fuera el factor esencial que hizo posible este periodo de estabilidad.

Hay pocas dudas de que, durante los años posteriores al congreso, las potencias pensaban en términos de equilibrio de poder. Gran Bretaña y Austria aspiraban a contener a Francia y a Rusia. Ésta, por su parte, estaba preocupada por encontrar un contrapeso a Gran Bretaña, y para ello esperaba integrar en el sistema europeo a más potencias marítimas. En Francia eran muchos los que abogaban por jugar la carta rusa y recuperar terreno frente a Austria, en particular en Italia. Prusia, por último, mantenía su rivalidad con Austria en Alemania y no podía ver con tranquilidad expansiones rusas o francesas. Sin embargo, entre 1815 y 1853 no se dio, a nuestro juicio, ninguna ocasión en la que una potencia llevara a cabo un movimiento capaz de alterar sustancialmente el equilibrio de poder o de amenazar gravemente los intereses de otra gran potencia, que activara los mecanismos característicos de los sistemas de equilibrio (formación de coaliciones, exigencias de compensación, etc.).

La mayoría de las crisis que se produjeron entre 1815 y 1853 tuvieron como origen revoluciones liberales y, aunque es cierto que tensaron las relaciones entre las potencias por el temor a que fueran aprovechadas por alguna de ellas para mejorar su posición frente a las demás, también lo es que los principales interesados en intervenir nunca se vieron forzados a desistir de hacerlo por la oposición de otras potencias. Las soluciones que se les dieron a estas crisis contaron con el respaldo de una mayoría de potencias –aunque de composición variable– o por lo menos con su aquiescencia.

En 1818, en el Congreso de Aquisgrán, las potencias victoriosas aceptaron poner fin a la ocupación de Francia e integrar a ésta en el sistema mediante su invitación a las reuniones que se celebrasen en el marco del art. VI de la Cuádruple Alianza.

En 1821, a raíz de los acuerdos alcanzados en los congresos de Troppau y Laibach, las tropas austríacas sofocaron las revueltas en Italia. Contaron para ello con el apoyo de Rusia y Prusia y la oposición de Francia y Gran Bretaña, si bien esta última basaba su negativa en una cuestión teórica (la negativa a convertir la alianza en un instrumento para intervenir sistemáticamente ante alteraciones del orden político) y reconocía no ver amenazados sus intereses.

En 1821 comenzó también la revuelta griega contra el poder otomano. Durante los primeros años, los rebeldes griegos no recibieron ayuda alguna por parte de las potencias, y ello a pesar de que en Rusia eran muchos los que abogaban por ayudar a los hermanos ortodoxos en su lucha contra el Islam. Tal vez podríamos ver aquí un triunfo de la política de equilibrio, pues Gran Bretaña llegó a insinuar a Rusia que no podía garantizar su neutralidad en caso de guerra ruso-turca, pero esto hay que relativizarlo mucho.

En primer lugar, porque una de las razones fundamentales que explican la contención rusa fue el miedo que Metternich consiguió inspirar al Zar en el sentido de que, negándole el beneficio de la legitimidad al Sultán, daba alas a los revolucionarios en Europa. Así parece confirmarlo el hecho de que el Zar comentara a Capo d'Istria que, si le hacían la guerra a los turcos, “el comité directivo en París triunfará y no quedará ningún gobierno en pie”¹³, y también que Alejandro I argumentase que “no quería separarse de Europa”¹⁴ para explicar su renuncia a crear varios principados autónomos en Grecia cuando Austria e Inglaterra se opusieron.

En segundo lugar, porque cuando Rusia adoptó una política más agresiva hacia el Sultán, con la subida al trono de Nicolás I, Gran Bretaña y Francia decidieron que, para asegurar sus intereses, sería más útil colaborar con el Zar que oponerse a él.

En julio de 1827 se firmó el Tratado de Londres, por el que Rusia, Gran Bretaña y Francia se comprometían a mantener la neutralidad y a mediar entre turcos y griegos para lograr un acuerdo que estableciese una Grecia autónoma dentro del Imperio Otomano. De acuerdo con esa neutralidad, la flota combinada de las potencias de Londres bloqueó a la flota turca en la bahía de Navarino y, el 20 de octubre, la destrozó completamente tras una serie de “malentendidos”.

En abril del año siguiente, Rusia declaró por fin la guerra a Turquía y poco después, un cuerpo expedicionario francés de 14.000 hombres desembarcó en Morea, que fue evacuada por las tropas de Ibrahim Pachá. El 14 de septiembre de 1829, Turquía firmaba el Tratado de Adrianópolis, que reconocía importantes ventajas a Rusia y una amplia autonomía para Grecia. Pero como los griegos se encontraron en una posición muy favorable tras la intervención de las potencias, forzaron una nueva reunión de las potencias de Londres que impuso la independencia de Grecia al Sultán. Rusia, finalmente, se había salido con la suya y el resto de potencias no habían podido o querido impedirlo.

En 1823, Francia envió sus tropas a España para acabar con el régimen liberal. Rusia fue la única potencia en apoyar la intervención, pero ni Austria ni Prusia consideraron que el asunto amenazara gravemente sus intereses. Lamentaron más el hecho de que provocara el definitivo alejamiento británico del Concierto Europeo. La solución que se le dio en Londres al problema fue asegurarse de que un posible incremento de la influencia francesa en España no otorgara también a París el control de los virreinos americanos, por lo que Gran Bretaña maniobró para asegurar los procesos independentistas y brindó su apoyo a Estados Unidos en la aplicación de la Doctrina Monroe. “*I resolved* –decía Canning a los Comunes en 1826– *that if France had Spain it should not be Spain with the Indies. I called the New World into existence to redress the balance of the Old*”¹⁵.

Esta última frase de Canning muestra que la política británica era, efectivamente, la del equilibrio de poder, pero también que en Europa se aplicaba solo en casos de verdadera necesidad (por eso Gran Bretaña no había sido capaz de detener la intervención francesa) y que se prefería buscar las compensaciones en ultramar, aunque ello se hiciese a costa de violar los derechos legítimos de un tercer país como España.

En 1830, una revolución estalló en la Polonia rusa, pero fue domeñada por las tropas rusas con la colaboración de Austria y Prusia, que, al haber recibido también partes de Polonia, no tenían ningún interés en su triunfo. Francia y Gran Bretaña simpatizaban con la causa polaca, pero ninguna de las dos creyó pertinente interponerse en el camino de Rusia.

¹³ Bridge, F.R., y Bullen, Roger, *The Great Powers and the European States System 1814-1914*, Routledge, Nueva York, 2013, p. 55.

¹⁴ Renouvin, Pierre, *Historia de las Relaciones Internacionales*, tomo II, Ediciones Akal, 1990, Madrid, pag 84.

¹⁵ Whitehead Lind, Michael, *The American Way of Strategy*, Oxford University Press, 2006, p. 63.

En 1831, la independencia de Bélgica encontró resistencia en un primer momento por parte de las monarquías continentales, pero no era un asunto que mereciera oponerse al acuerdo de los dos países más directamente interesados: Francia y Gran Bretaña. Esto, unido a los problemas en Polonia, les llevó a aprobar sin excesivos problemas la partición de los Países Bajos.

Entre 1831 y 1832, las tropas austríacas acudieron en ayuda del Papa Gregorio XVI, que estaba a punto de perder los Estados de la Iglesia ante los revolucionarios. Aunque, a raíz de la segunda intervención austríaca, un cuerpo expedicionario francés tomó Ancona en 1832, el apoyo de Austria al Papa no dio lugar a grandes problemas internacionales; de hecho, el propio rey de Francia llegó a afirmar que lo de Ancona no había sido más que una ligereza de sus ministros.

Finalmente, nadie se opuso a que Prusia y Austria reprimieran las revueltas que estallaron en 1848 en sus respectivos territorios y los Habsburgo contaron incluso con la ayuda de fuerzas rusas para someter a los húngaros.

En nuestra opinión, este breve repaso del periodo basta para proyectar al menos una sombra de duda sobre la afirmación tradicional de que el equilibrio de poder mantuvo la estabilidad en Europa durante los cuarenta años posteriores al Congreso de Viena. Aunque, como ya hemos dicho, es muy posible que los diplomáticos reunidos en 1815 intentaran organizar Europa de manera que evolucionase hacia un sistema de equilibrio, las políticas que las principales potencias mantuvieron en las décadas siguientes no fueron las que podrían haber hecho que dicho sistema cristalizase. Los cinco grandes Estados del continente se contentaron con mantener el reparto de poder hecho en la capital austríaca y nunca percibieron una amenaza suficientemente grave como para recurrir a los instrumentos del equilibrio.

Hay además un segundo desarrollo que fue tomando cuerpo de forma progresiva a lo largo del periodo y que nos permite relativizar más aún la operatividad del equilibrio de poder durante las cuatro décadas que siguieron al Congreso de Viena: el progresivo acercamiento de las tres monarquías continentales.

2.3. La Santa Alianza

El primer signo de entendimiento entre Rusia, Austria y Prusia fue la firma del Pacto de la Santa Alianza el 26 de septiembre de 1815, una declaración patrocinada por el Zar Alejandro I en la que se reconocía la importancia de los principios cristianos para alcanzar la paz y la justicia y por la que los monarcas firmantes se comprometían a ayudarse mutuamente para mantener dichos principios.

La iniciativa del Zar fue recibida con cierto desdén por los diplomáticos de su tiempo: Castlereagh la calificó como un ejemplo “*of sublime mysticism and nonsense*”¹⁶, Gentz se refirió a ella como una “nulidad política” y Metternich dijo que se trataba de “aspiraciones filantrópicas ocultas bajo la mano de la religión”¹⁷. Renouvin afirma que nunca tuvo gran trascendencia práctica, lo que probablemente es cierto, pero creemos que el espíritu que animaba la Santa Alianza fue importante en la medida en que provocó el alejamiento británico del sistema europeo: de alguna manera, Rusia trató de conseguir que el Concierto Europeo, que tenía su origen en el tratado de la Cuádruple Alianza, sirviera para conseguir los objetivos marcados por la Santa Alianza, algo en lo que Gran Bretaña no estaba dispuesta a colaborar.

¹⁶ Kissinger, *Op.cit.*, p. 83.

¹⁷ Renouvin, *Op.cit.*, p. 239.

A no ser que provocara una grave alteración del equilibrio, a Gran Bretaña le interesaba la progresiva liberalización de Europa, que probablemente redundaría en mayores oportunidades para sus comerciantes. Por otra parte, una política como la propuesta en la Santa Alianza podría llevarle a tener que ayudar a países que consideraba rivales, y esto no era una opción para Londres, por muy justa que fuera la causa que se le pidiera defender.

La intervención en Italia de 1821 dio lugar a un primer enfrentamiento entre Austria y Gran Bretaña, pero sería la expedición francesa a España y la sustitución de Castlereagh por Canning tras el suicidio del primero lo que determinó el definitivo abandono británico. A consecuencia de esto, Austria y Prusia no tuvieron más remedio que gravitar con mayor intensidad hacia la órbita rusa, una tendencia que se vio reforzada por la recurrencia de los estallidos revolucionarios.

Si durante los quince años inmediatamente posteriores al Congreso de Viena las tres grandes monarquías no consiguieron mostrarse unidas, tras la retirada británica el acercamiento se fue haciendo cada vez más evidente y hacia 1830 era ya posible hablar de un bloque al que Francia no podía hacer frente sola. Las crisis de Bélgica y Polonia, la colaboración de las tres potencias para reprimir el liberalismo en Alemania –reflejada en la entrevista de Munchengrätz de 1833– y los sucesos de 1848, nos parecen las concreciones más claras de esta nueva realidad.

2.4. Resumen del periodo

Recogiendo todo lo que se ha dicho hasta aquí, podríamos afirmar que la estabilidad europea se mantuvo en el periodo 1815-1853 por dos motivos principales.

El primero fue que ninguna de las grandes potencias estimó necesario recurrir a los mecanismos de equilibrio en sus relaciones con las demás. Dicho de otra manera: la estabilidad se mantuvo en Europa porque todo el mundo encontró algún beneficio en no desafiar lo pactado en Viena, no porque funcionase un mecanismo que lo impidiera.

A que esto fuera posible contribuyó muchísimo la prudencia francesa y la voluntad de Alejandro I de no romper con sus aliados europeos, aunque ello significara renunciar a algunos proyectos como una alianza general que garantizara las fronteras y el orden político y que ayudara a equilibrar a Gran Bretaña o una posible intervención en apoyo de los griegos.

El segundo motivo fue que, a partir de 1830, se fue creando progresivamente un bloque dominante formado por las monarquías de Rusia, Austria y Prusia, que nos debería llevar a aplicar con mucha precaución el término “equilibrio” a la Europa de la primera mitad del siglo XIX.

Podría argumentarse que si los mecanismos de equilibrio no tuvieron que activarse fue porque las potencias no quisieron enfrentarse a ellos y, en consecuencia, refrenaron sus ansias expansionistas. Contra esto cabe alegar que la prudencia francesa tuvo que ver más con la existencia de una alianza militar expresamente dirigida contra ella (la Cuádruple) o que en la actitud rusa influía mucho el miedo a los movimientos revolucionarios. Pero es que aunque hubiera algo de cierto en la idea de que la simple posibilidad de que se activaran los instrumentos del equilibrio bastó para mantener la paz, lo más que podría decirse es que aquello fue un golpe de suerte. Lo sucedido tras la Guerra de Crimea demuestra que, perdida la unión de las tres grandes monar-

quías continentales y la voluntad de atenerse a lo pactado en 1815, no quedaba nada que garantizase el orden establecido en Europa y, cuando dicho orden fue abiertamente desafiado, ningún sistema de equilibrio se puso en marcha para defenderlo.

3. De la Guerra de Crimea al Segundo Imperio alemán

3.1. La Guerra de Crimea

El primer conflicto que vino a turbar la paz conseguida tras el Congreso de Viena fue la Guerra de Crimea, cuyas consecuencias para el sistema europeo fueron tales que merece que la analicemos con algún detalle.

En 1853, y en el contexto de un pulso por los derechos de católicos y ortodoxos en Tierra Santa que desde 1850 venían manteniendo Francia y Rusia, el Zar Nicolás I envió a Constantinopla al príncipe Mentchikoff. Su misión consistía en concluir un tratado por el que, a cambio de una garantía de defensa, el Sultán reconociera al Zar como garante último de los derechos y privilegios de los súbditos ortodoxos del Sultán.

Muy pronto, las cancillerías europeas recibieron información sobre el contenido de la propuesta rusa y entendieron que el propósito del tratado consistía en otorgar a Rusia un derecho de intervención en los asuntos otomanos, algo inaceptable en particular para Gran Bretaña. Seguramente, el Zar fuera consciente de esto, pero, a su juicio, Gran Bretaña no tenía medios suficientes para frenarle y una alianza con Francia, en la que un Bonaparte acababa de ser nombrado nuevamente emperador, no era probable.

Ante las presiones rusas, el Sultán accedió a confirmar las inmunidades y privilegios de sus súbditos ortodoxos, pero, con respaldo británico, se negó a firmar el tratado pedido por Mentchikoff. Éste, fracasada su misión, abandonó Constantinopla el 21 de mayo. Poco más de un mes después, el 2 de julio, tropas rusas al mando del general Gorchakov cruzaban el Prut e invadían los principados de Moldavia y Valaquia, formalmente bajo soberanía turca pero *de facto* protectorados rusos.

Durante las semanas siguientes, la diplomacia se movilizó para evitar el conflicto. Austria, de acuerdo con Francia y Gran Bretaña, redactó una nueva propuesta que incluía las exigencias rusas pero que, en cambio, otorgaba la condición de garantes a todas las potencias. Nicolás aceptó la idea pero no así el Sultán, cuyo gobierno se reunió a mediados de agosto y exigió algunas modificaciones, incluyendo la eliminación de las garantías externas. El 7 de septiembre, Rusia rechazó de pleno las modificaciones turcas y el 4 de octubre la Sublime Puerta declaraba la guerra a Rusia.

A finales de octubre los turcos cruzaron el Danubio y lograron algunas victorias contra los rusos¹⁸, al tiempo que las flotas de Francia e Inglaterra, todavía neutrales, entraban en los Dardanelos. El 30 de noviembre una escuadra rusa al mando del almirante Nakhimov derrotó a otra turca mucho más débil en Sinope, lo que le-

¹⁸ Como curiosidad, diremos que el general Prim encabezó una comisión militar española que siguió las operaciones en el Danubio desde el cuartel general otomano. También formaron parte de ella el coronel Federico Fernández de San Román, el comandante Pita del Corro y el capitán Carlos Detenre.

vantó las iras en Occidente y acrecentó el miedo de que los rusos acabaran presentándose en los estrechos. El 28 de marzo, Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Rusia.

No es cuestión de exponer aquí los avatares de la guerra, la primera defensa heroica de Sebastopol o la famosa carga de la caballería británica en Balaclava que inmortalizara Tennyson. Lo importante es darse cuenta de que, en 1854, Francia y Gran Bretaña no podían pensar en derrotar solas a Rusia. Ciertamente, ambas potencias podían lograr el control del Mar Negro y tomar Sebastopol, pero ¿qué pasaría si, a pesar de ello, Rusia no pedía la paz? Estaba claro que Francia y Gran Bretaña no podían soñar con una invasión a gran escala del territorio ruso. Solo Austria y Prusia podían representar una amenaza lo suficientemente seria como para que Nicolás se aviniera a negociar con Francia, Gran Bretaña y Turquía, pero el Zar confiaba en que esa amenaza nunca se materializaría. Así se lo había dicho al embajador francés en 1853: *“a quatre vous me dicterez la loi, mais cela n'arrivera jamais, car je suis sûr de l'Autriche et de la Prusse”*¹⁹. El soberano ruso tenía plena confianza en la vitalidad y la fuerza de la alianza conservadora que, como hemos visto, mantenía el orden en Europa.

En 1854, el estallido de la guerra y el avance ruso hacia el oeste había colocado a Austria en una posición delicada. Por un lado, en Viena se contemplaba con preocupación el avance ruso hacia los Balcanes y la posibilidad de que San Petersburgo acabara controlando las bocas del Danubio, un río clave para la economía imperial. Por otro, los Habsburgo y su ejército no olvidaban la ayuda que Rusia había prestado en 1849 para acabar con la revuelta húngara y deseaban evitar un enfrentamiento. Además, temían que los rivales alemanes e italianos pudieran aprovecharse de una guerra con Rusia que debilitase a Austria.

Prusia, por el contrario, no tenía especiales intereses en los Balcanes y tampoco nada que ganar debilitando a Rusia; más bien, temían romper la solidaridad monárquica. Cuando Bismarck, que por aquel entonces representaba a Prusia en la Confederación Germánica, le sugirió que desplegara 200.000 hombres en la Alta Silesia para así crear una amenaza tanto a Austria como a Rusia y convertirse en árbitro de la situación, el rey Federico Guillermo IV le contestó: “un hombre como Napoleón puede cometer tales actos de violencia; yo no”²⁰.

El 20 de abril, ambas potencias firmaron una alianza por la que se garantizaban mutuamente sus territorios, lo que permitió a Austria dirigirse a Rusia para exigir la evacuación de Moldavia y Valaquia. En Viena se esperaba que la mera amenaza de intervención bastara para que los rusos se retirasen de los principados y asegurar así sus intereses estratégicos sin romper con San Petersburgo, y lo cierto es que la idea funcionó.

El 14 de junio Austria firmó un acuerdo con Turquía para ocupar los principados durante la duración de las hostilidades, lo que llevó a efecto a principios de agosto, tras haber conseguido que los rusos se retirasen. Las potencias aliadas redactaron entonces una nota en la que se detallaban cuatro condiciones para llegar a un acuerdo de paz:

- Establecer una garantía europea de los principados danubianos en lugar de la rusa existente hasta entonces.
- Poner a los súbditos cristianos del Sultán bajo protección europea, no rusa.
- Reconocer la libre navegación en el Danubio.

¹⁹ Renouvin, *Op.cit.*, p. 239.

²⁰ Steinberg, Jonathan, *Bismarck: A life*, Oxford University Press, 2012, p. 124. Traducción propia.

- Aceptar la revisión de la Convención de los Estrechos de 1841.

Austria intentó que estos puntos fueran también aceptados por Rusia, pero el Zar se negó a ello. No obstante, una vez evacuados los principados y con las tropas austríacas guarneciéndolos, Viena perdió interés en la guerra y permaneció neutral. Francia y Gran Bretaña presionaron entonces a Austria para que se involucrase más. Pedían que se comprometiese a llegar a un acuerdo con ellas para imponer los cuatro puntos a Rusia si ésta no los aceptaba y amenazaron con “resucitar la cuestión polaca” si se negaba a ello. Ante la amenaza, Francisco José cedió, firmó el acuerdo que se le pedía el 2 de diciembre de 1854 y movilizó sus fuerzas. A cambio, Francia y Gran Bretaña aceptaban apoyar a Austria contra Rusia, garantizar sus territorios italianos mientras durase la contienda y condicionar la ejecución del acuerdo al concurso armado de la Confederación Germánica.

Este último punto se demostró capital, pues cuando llegó el momento, en febrero de 1855, Bismarck se encargó de que la Dieta no accediese a la movilización de las fuerzas federales. Sencillamente, no quería conceder a Austria una vez más el liderazgo de Alemania en detrimento de Prusia. Por tanto, el tratado de diciembre de 1854 quedó en letra muerta.

Para aumentar la presión sobre Austria, los aliados aceptaron entonces la entrada en la guerra del reino de Piemonte-Cerdeña a cambio de la promesa de favorecer la política piemontesa en Italia, asegurando al mismo tiempo a Viena que todo quedaría en nada si se decidía a ayudarles en su lucha contra Rusia. Tras la caída de Sebastopol, el 11 de septiembre de 1855, Napoleón III invitó al rey Víctor Manuel a París y la preocupación austríaca por las buenas relaciones franco-sardas aumentó considerablemente.

En diciembre, Austria se decidió a actuar y envió un ultimátum a Rusia amenazando con entrar en la guerra si Rusia no accedía a comenzar conversaciones de paz, lo que finalmente llevó al Zar Alejandro II, que había sucedido a Nicolás en marzo, a la mesa de negociaciones.

El 30 de marzo de 1856 se firmó el Tratado de París, que ponía fin a la guerra en términos muy duros para Rusia. El Mar Negro sería desmilitarizado, no pudiendo Rusia ni Turquía construir instalaciones militares en sus costas. Además, Rusia perdía su derecho de protección exclusivo de Moldavia y Valaquia, renunciaba a ser defensora exclusiva de los cristianos y sufría alguna pequeña pérdida territorial en el Danubio, que se declaraba abierto a la navegación internacional.

La crisis de 1853 fue la primera ocasión en la que varias de las grandes potencias de Europa echaron mano del equilibrio de poder para frenar a otra gran potencia. Primero lo intentaron Francia y Gran Bretaña solas, pero fracasaron; luego reclutaron a Austria a la fuerza y triunfaron. El precio a pagar fue, sin embargo, enorme.

A los ojos de Rusia, el progresivo alineamiento de Austria con las potencias occidentales, con independencia de las excusas que pudiera ofrecer Viena, no había sido más que una traición a todo lo que era bueno y noble.

En una carta que le escribía a su mujer durante su embajada en San Petersburgo, en abril de 1859, Bismarck contaba el profundo rencor que guardaban los rusos a los austríacos:

“No se puede imaginar qué poco queridos son los austríacos aquí. Ni siquiera un perro sarnoso aceptaría un pedazo de carne que viniese de ellos... el odio no tiene límites y supera todas mis expectativas. Solo cuando llegué aquí empecé a creer en la guerra. Toda la política exterior rusa no tiene más propósito que ajustar cuentas con

Austria. Incluso el tranquilo y amable Emperador escupe fuego y rabia cuando habla sobre ello y la Emperatriz, una princesa de Darmstadt, y la Emperatriz viuda se emocionan cuando hablan del corazón roto del Zar, que amaba a Francisco José como a un hijo”²¹.

La colaboración entre las monarquías del continente llegaba así a su fin y en Europa cada vez eran menos los que aceptaban mantener intactos los acuerdos y el espíritu de 1815.

Rusia, traicionada por el aliado del que esperaba más apoyo por la generosidad con que le había ayudado en sus horas más bajas, entendió que, si como había dicho Canning, la consigna era “*every nation for itself and God for us all*”²², ella no tenía por qué obrar de forma distinta y podía dedicarse a acrecentar su poder sin más limitación que la fuerza que los demás fueran capaces de oponerle. Esto era más grave aún por la dureza de los términos del Tratado de París, la revisión de cuyas cláusulas se convirtió en el objetivo prioritario de la política rusa en los años siguientes. Rusia pasaba así de ser una potencia conservadora a convertirse en una revisionista, lo que forzosamente generaría inestabilidad.

Además, la Guerra de Crimea marcó el inicio de un cambio de política en Francia y Prusia. Mientras Napoleón III abandonó la política de prudencia mantenida por los gobernantes franceses desde 1815, Prusia entró ya abiertamente en una dinámica de competencia con Austria en Alemania, algo que se intensificaría extraordinariamente a partir de la llegada de Bismarck al poder en 1862.

Nadie ha explicado el problema planteado por Francia y Prusia tras la Guerra de Crimea mejor que Henry Kissinger. En apenas dos páginas, Kissinger explica perfectamente cómo Napoleón III y Bismarck, a los que considera dos revolucionarios, destruyeron el orden político establecido en 1815 en menos de dos décadas.

Napoleón ansiaba deshacer un orden que, en su opinión, estaba pensado para contener a Francia. Antiguo *carbonari* y siempre deseoso de buscar formas de legitimarse como emperador, Napoleón favoreció los movimientos de unificación en Italia y Alemania a expensas de Austria, un imperio al que despreciaba. Al hacerlo, creó un monstruo que pondría fin a su reinado y que se convertiría en la mayor amenaza a su existencia que Francia tendría que afrontar.

Bismarck, por su parte, deseaba destruir la pieza clave del todo el sistema de Viena, la Confederación Germánica, en la que consideraba que Prusia estaría permanentemente subordinada a los dictados de Austria. Las ideas que habían mantenido la estabilidad europea hasta entonces –el principio de legitimidad, el orden social tradicional y la colaboración entre las monarquías para mantenerlos– dejaron paso en Prusia a la *realpolitik*, entendida como política pura de poder.

El equilibrio de poder se mostró incapaz de frenar estas ambiciones y los años que siguieron a Crimea vieron nada menos que cuatro guerras y una modificación muy importante de los acuerdos de Viena.

²¹ *Ibid*, p. 151. Traducción propia.

²² Bridge, F.R., y Bullen, Roger, *Op.cit.*, p. 60.

3.2. Magenta y Solferino

La primera de estas guerras tuvo lugar nuevamente en Italia. En vista del chasco cosechado en 1848-1849, se hizo evidente que el Piamonte no podría construir la unidad italiana por sí mismo. Cavour, primer ministro piomontés desde 1852, trató entonces de encontrar un aliado suficientemente poderoso como para derrotar a los Habsburgo, algo que consiguió en 1858, cuando Napoleón III se comprometió en Plombières a hacerle la guerra a Austria a condición de que fuera Francisco José el que apareciera como agresor. Cavour se entregó entonces a todo tipo de maquinaciones para conseguirlo, pero los austríacos hicieron gala de paciencia y, por un momento, Cavour llegó a pensar que fracasaría. El éxito se produjo cuando los piomonteses decidieron movilizar sus tropas sin motivo alguno, lo que provocó que Austria enviase un ultimátum a Turín exigiendo la desmovilización, ultimátum que fue rechazado y que permitió a los piomonteses aparecer como agredidos.

La guerra comenzó a finales de abril de 1859 y, en junio, reforzado el ejército piomontés por el francés, los austríacos fueron batidos en las batallas de Magenta y Solferino, por lo que se retiraron hacia el Cuadrilátero²³. Se esperaba que, a continuación, el ejército franco-sardo avanzase hacia Venecia para acabar con la presencia austríaca en Italia, pero Napoleón III, preocupado por una posible intervención alemana en el Rin y aparentemente muy afectado por la tragedia de Solferino, negoció un armisticio a espaldas de los piomonteses.

El 11 de julio Napoleón III y Francisco José negociaron los Preliminares de Villafranca. Se acordaba la cesión de la Lombardía (salvo las fortalezas del Cuadrilátero) a Francia para su posterior entrega al Piamonte²⁴, la conservación de Venecia por Austria en el marco de una Confederación Italiana presidida por el Papa y la vuelta de los soberanos de Módena y Toscana que habían tenido que escapar. El Tratado de Zúrich de 10 de noviembre de 1859 ratificaba todo lo hecho en Villafranca concerniente a Austria, pero nada decía de lo demás. La confederación nunca se realizó y Piamonte se anexionó Parma, Módena, Toscana y algunos territorios pontificios, con el apoyo de Gran Bretaña y la bendición de Napoleón III.

Llama la atención en esta crisis la pasividad de todas las potencias. Una intervención francesa en Italia era algo que tenía serias repercusiones para el equilibrio de poder por varias razones. En primer lugar era una guerra contra uno de los países de la Cuádruple Alianza llevada a cabo por una Francia dirigida por un Bonaparte, algo que ponía de manifiesto de forma muy sangrante la obsolescencia de todo lo pactado en 1815. En segundo lugar, se hacía para apoyar un movimiento de carácter nacionalista, como los que una década antes habían trastornado toda Europa. En tercer lugar, debilitaba a Austria, que era uno de las piezas claves del equilibrio. En cuarto lugar, podía suponer un aumento importante del poder francés si daba lugar a un Estado títere en la península. Y, por último, los cambios territoriales que pudieran darse en Italia abrirían la puerta a otras modificaciones del mapa diseñado en Viena. Pues bien, a pesar de todo esto, ningún gobierno europeo frenó a Napoleón.

La colaboración entre Rusia y Austria quedaba descartada tras la Guerra de Crimea; las rivalidades por la supremacía en Alemania hicieron imposible llegar a un acuerdo con Prusia y Gran Bretaña, en un movimiento parecido al que realizó durante la guerra de independencia griega, pensó que era más productivo ganarse la amistad del Estado que se estaba formando que impedir que Francia le ayudase a hacerlo. Solo cuando Napoleón se anexionó Saboya y Niza, en contrapartida por la anexión de los ducados y los territorios pontificios, protestó tímidamente la diplomacia británica.

²³ Se conocía así a la zona fortificada formada por las ciudades de Peschiera, Mantua, Verona y Legnano, que guardaban la ruta hacia Austria desde Italia.

²⁴ Francisco José despreciaba al gobierno piomontés y se negaba a cederle directamente sus territorios.

Las consecuencias de esta guerra constituyen también un buen ejemplo de la incapacidad del equilibrio de poder para preservar la existencia de los Estados pequeños o débiles. A pesar de haberse comprometido por tratado a devolver los ducados a sus soberanos, Napoleón III acabó aceptando su anexión por el Piamonte.

3.3. Bismarck y el fin de la Confederación Germánica

En 1862, durante una visita a Londres, a finales de junio y principios de julio, Bismarck asistió a una cena en casa del embajador ruso, Brunnow. Además de ellos dos, Disraeli y el embajador austríaco, el conde Vitzhum von Eckstädt, también estaban presentes. Durante la reunión, y para asombro de los concurrentes, Bismarck declaró:

“Pronto me veré obligado a tomar las riendas del gobierno de Prusia. Mi primera tarea será reorganizar el ejército, con o sin la ayuda del *Landtag*. Tan pronto como el ejército esté en condición de inspirar respeto, aprovecharé la primera ocasión para declarar la guerra a Austria, disolver la Dieta federal, someter a los Estados menores y dar unidad nacional a Alemania bajo el liderazgo prusiano. He venido a decirles esto a los ministros de la Reina”²⁵.

Al despedirse del embajador austríaco, al que había acompañado a su residencia, Disraeli le dijo: “ten cuidado con ese hombre; habla en serio”²⁶. Unos meses más tarde, Bismarck llegó al poder, tal y como había previsto, y empezó a llevar adelante su programa; punto por punto.

La excusa que buscaba Bismarck para atacar Austria apareció en escena poco después. Los ducados de Schleswig y Holstein tenían una importante población germana pero estaban unidos al reino de Dinamarca mediante unión personal (el rey de Dinamarca era además duque de Schleswig y Holstein). Según lo establecido²⁷, ambos ducados debían permanecer unidos y nunca ser absorbidos por Dinamarca, pero en 1863 se aprobaron una serie de constituciones danesas que hacían tabla rasa de toda posible diferencia. La Confederación Germánica, a la que pertenecía Holstein, decidió intervenir ocupando el ducado y poco después Austria y Prusia ocupaban Schleswig. El 30 de octubre de 1864 se firmó la paz y los ducados quedaron en condominio austro-prusiano. Luego, ambas potencias se los repartieron en la Convención de Gastein: Holstein para Austria y Schleswig para Prusia.

A partir de este momento, Bismarck se centró en preparar el escenario para una guerra controlada. Tras la Guerra de Crimea y los problemas que había tenido en los últimos años²⁸, no había peligro de que Rusia interviniese a favor de Austria. Gran Bretaña, por su parte, temía más a Francia que a una Prusia reforzada, por lo que era de esperar que no pusiese excesivos problemas. Francia era la clave.

Napoleón III veía en la guerra que se avecinaba una oportunidad de oro para conseguir compensaciones territoriales, una de las clásicas herramientas del equilibrio de poder y, con este objetivo, inició conversaciones tanto con Austria como con Prusia. A cambio de su neutralidad, Napoleón consiguió de los Habsburgo la promesa de entregarle Venecia para luego cedérsela a los italianos (Tratado secreto de 12 de junio de 1866), pero con Bismarck las negociaciones fueron más difíciles. Napoleón aspiraba a recibir territorios en el Rin como

²⁵ Steinberg, *Op.cit.*, p. 174. Traducción propia.

²⁶ *Ibid.*, p. 174. Traducción propia.

²⁷ Ya al calor de la revolución de 1848 tropas prusianas habían invadido los ducados para evitar su absorción por Dinamarca y, para poner fin a la situación, se había firmado el Tratado de Londres de 1852.

²⁸ En primer lugar, las agitaciones sociales que siguieron a la “liberación de los siervos” y, en segundo lugar, el levantamiento polaco de 1863. La política francesa en esta ocasión también alejó a Rusia de la posibilidad de intervenir a favor de Francia en 1870.

compensación por las posibles anexiones prusianas en Alemania, pero Bismarck ganó tiempo y evitó comprometerse. El emperador francés decidió entonces dejar estallar la guerra, que preveía larga y costosa, y luego mediar entre las partes y conseguir a cambio lo que ambicionaba.

Al tiempo que negociaba con Francia, Bismarck llegaba también a un acuerdo con Italia para asegurarse de que Austria tuviera que dividir sus fuerzas cuando estallara la guerra. El tratado, firmado el 8 de abril de 1866, comprometía a Italia a entrar en guerra con Austria si Prusia tomaba la iniciativa en un plazo de 90 días; a cambio, Prusia le garantizaba la incorporación del Véneto.

En junio de 1866, Prusia usó el pretexto de unas disputas en la administración de Holstein por Austria para iniciar las hostilidades. Las cosas no fueron mal para los austríacos en Italia, pues las fuerzas imperiales derrotaron al ejército de Víctor Manuel en Custoza y a su marina en Lissa a pesar de que Venecia ya estaba perdida en virtud de los acuerdos con Francia. Sin embargo, en el teatro de operaciones alemán las cosas fueron muy diferentes, pues las tropas prusianas derrotaron primero a los aliados de Austria (Hannover y Baviera los más importantes) y luego a la misma Austria en la decisiva batalla de Sadowa (3 de julio de 1866).

El día 26 de julio se firmaron en Nikolsburg los preliminares de paz, ratificados luego en la Paz de Praga, concluida el 23 de agosto. Bismarck no quería humillar a los austríacos porque sabía que en el futuro los necesitaría, así que, aunque el canciller se cuidó de sacar todo lo que necesitaba, la paz fue relativamente generosa para Austria:

- Austria acordaba la disolución de la Confederación Germánica y permitía que en su lugar Prusia liderara una Confederación de la Alemania del Norte en la que ella no estaría presente y en la que todas las tropas estarían al mando del rey de Prusia.
- Austria permitiría cualquier anexión en el norte de Alemania que Prusia estimara necesaria. Al final, los territorios de Hanover, Hesse-Cassel, Fráncfort, Schleswig y Holstein fueron anexionados por Prusia, además de algunas zonas de Baviera y Hesse-Darmstadt.
- Austria permitía que los Estados del sur de Alemania formaran una confederación entre ellos y, eventualmente, que mediante tratados formaran una unidad nacional con los del norte. Sus fuerzas armadas quedarían al mando de Prusia en caso de una guerra con una potencia exterior.
- De acuerdo con el acuerdo firmado con Italia, Austria cedía Venecia, pero conservaba el resto (pequeño) de sus territorios italianos.

Tal vez, si Francia hubiera adoptado una posición claramente pro-austríaca, el equilibrio de poder habría funcionado y Bismarck no se hubiera atrevido a atacar. Pero en lugar de eso, Napoleón intentó únicamente aprovecharse de la situación y además de forma muy torpe. El resultado fue una victoria prusiana y la creación de las condiciones para otra todavía mayor; esta vez sobre la propia Francia.

3.4. La derrota de Francia y las unificaciones de Alemania e Italia

El último paso para la unificación alemana fue la guerra franco-prusiana. Prusia necesitaba esta guerra porque, de lo contrario, Francia nunca permitiría la unión total de Alemania (incluyendo los Estados del sur que habían quedado fuera de la Confederación de la Alemania del Norte) y porque era una buena forma de unir a todos los alemanes en una causa común.

Bismarck eligió el momento que le convenía y luego hizo estallar la crisis. En 1870 sabía que los Estados alemanes le apoyarían en caso de una agresión francesa; Austria, recién derrotada y enemistada con Francia por las políticas hostiles de ésta en Italia y Alemania, tampoco se opondría a la humillación de Napoleón III; Rusia seguía estando segura²⁹ y, por último, tenía la certeza de que Gran Bretaña no estaría dispuesta a ayudar a una potencia cuyas pretensiones revisionistas y negociaciones con Prusia para la anexión de Luxemburgo y Bélgica eran conocidas³⁰.

El suceso empleado por Bismarck como detonador fue el ofrecimiento del trono de España al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, algo que Francia no podía tolerar. Las protestas francesas hicieron que su candidatura fuera retirada, pero el gobierno francés exigió además que el rey de Prusia garantizase que dicha candidatura nunca sería renovada. El rey de Prusia, que fue abordado por el embajador francés, Benedetti, mientras se encontraba en el balneario de Ems, declinó dar tal garantía y telegrafió a Bismarck para informarle del suceso. Bismarck entonces filtró a la prensa el telegrama del rey convenientemente modificado para que pareciera que se le había hecho una ofensa al embajador, lo que desencadenó una ola de patriotismo en Francia pidiendo la guerra. El 19 de julio de 1870 Francia declaraba el estado de guerra y Prusia se convertía en “agredida”, concitando así el apoyo de todos los Estados alemanes.

La guerra fue corta y el 10 de mayo de 1871 se firmaba en Fráncfort el tratado que ponía fin a la contienda³¹. Aunque Bismarck habría querido hacerlo menos duro para no fomentar el revanchismo francés, las exigencias estratégicas de los militares prusianos impusieron la entrega de Alsacia, Lorena, y parte de los Vosgos. Además, Francia debería pagar una indemnización de 5.000 millones de francos, quedando parte de su territorio ocupado hasta el pago completo de la deuda. Las duras condiciones del tratado impidieron completamente una reconciliación entre Francia y Alemania en los años sucesivos.

Para Alemania, además de la supremacía en Europa, la guerra supuso la consumación de su unidad, pues el Segundo Imperio Alemán se declaró el 18 de enero de 1871 en el Salón de los Espejos de Versalles.

Italia, aprovechando la retirada de la guarnición francesa de Roma, atacó y tomó la ciudad a finales de septiembre. Completaba así también su unidad nacional.

²⁹ De hecho, estaba algo más que segura. Entre sus planes estaba denunciar el Tratado de París de 1856, algo a lo que podrían resistirse Austria y Gran Bretaña. Para esta eventualidad le vendría bien contar con apoyo prusiano. El 30 de octubre de 1870 Rusia anunció que dejaba de sentirse ligada por lo firmado en 1856 relativo a la neutralización del Mar Negro y, poco después, en una conferencia organizada por Bismarck, Gran Bretaña dio su aprobación al hecho consumado.

³⁰ Como se ha dicho, Napoleón III estuvo negociando con Bismarck el precio de su neutralidad durante la guerra con Austria. Tras la victoria prusiana de Sadowa, que anulaba sus esperanzas de una guerra larga en la que él pudiera mediar, Napoleón volvió a intentar la negociación con Bismarck y, durante esas negociaciones, la posibilidad de anexionarse Luxemburgo o parte de Bélgica salió a relucir. Pero tras haber ganado la guerra Bismarck ya había conseguido todo lo que quería y no veía por qué tenía que “negociar” con Francia, pues todo lo que había necesitado de ella (su neutralidad durante el conflicto) ya lo había obtenido, y gratis. En cambio, los documentos que demostraban estas negociaciones eran muy útiles, porque destapaban unas ambiciones francesas que Gran Bretaña no podía apoyar. Así pues, Bismarck los filtró a la prensa para que fueran publicados.

³¹ Francia tenía mucha prisa por firmar la paz, pues durante el mes de marzo una revolución había estallado en París (la Comuna) y los ejércitos franceses necesitaban tener las manos libres para sofocarla. Una vez firmada la paz, el mariscal Mac-Mahon terminó con el experimento en menos de tres semanas.

3.5. Resumen del periodo

Dicho de forma breve, lo que vemos en el periodo 1853-1871 es un cambio sustancial del sistema europeo, provocado por un cambio de actitud de varios de sus miembros principales ante el que ningún sistema de equilibrio llega a activarse.

Los dos factores que vimos que explicaban la estabilidad de que disfrutó Europa entre 1815 y 1853 desaparecieron. Por un lado el concierto de las tres monarquías continentales se acabó como consecuencia directa de la aplicación de los mecanismos de equilibrio durante la Guerra de Crimea. Por otro, Francia y Prusia dejaron de tener interés en mantener el *statu quo* y lo alteraron sin que nadie pudiera impedirlo.

En menos de veinte años, la Confederación Germánica había sido sustituida por el Imperio Alemán; Austria había sido debilitada tras perder dos guerras, ser expulsada de Alemania y ver cómo se formaba un Estado hostil en Italia; Francia había vuelto a engrandecer su territorio sin que nadie hiciera nada (anexionándose Saboya y Niza), para luego ver cómo le eran arrebatadas Alsacia y Lorena sin que nadie hiciera tampoco nada; Rusia se había convertido en una potencia revisionista y Gran Bretaña en una aislacionista.

En *Diplomacy*, Kissinger defiende que a partir de 1853 nos encontramos ante un sistema de equilibrio de poder sin restricciones (*unrestrained balance of power*), que él identifica con el concepto de *realpolitik*, frente a un sistema de equilibrio de poder complementado por una serie de principios compartidos que habría regido hasta entonces.

Aunque no tenemos muy claro en qué está pensando Kissinger cuando habla de principios compartidos, pues no todos los miembros del sistema de Viena siguieron unas mismas máximas de teoría política entre 1815 y 1853, sí es cierto que en ese periodo se mantuvo en pie un acuerdo tácito entre las potencias para no alterar el orden establecido, aunque las razones de cada una de ellas fuesen distintas.

Cuando ese acuerdo se rompió, la situación diseñada en Viena no pudo mantenerse por sí misma. De acuerdo siempre con Kissinger, “*the balance of power inhibits the capacity to overthrow the international order; agreement on shared values inhibits the desire to overthrow the international order*”³². Pues bien, mientras el periodo 1815-1853 probó que lo segundo es cierto, el periodo 1853-1871 probó que lo primero es falso.

4. Los sistemas bismarckianos

4.1. Primer sistema bismarckiano

Una vez concluida la unificación, Alemania se convirtió rápidamente en la potencia dominante en el continente europeo y Bismarck comprendió que, si quería mantener su obra, tendría que procurar que no se formasen alianzas en su contra.

³² Kissinger, *Op.cit.*, p. 77.

Dado que la anexión de Alsacia y Lorena hacía imposible el entendimiento con Francia, y Gran Bretaña mantenía su política de *splendid isolation*, rehusando entrar en alianzas continentales salvo cuando un conflicto concreto lo exigiese, a Alemania le quedaban Austria y Rusia como posibles compañeros de alianza. Y era necesario contar con ellos antes de que otros se los atrajeran. Por eso, en 1873 Bismarck creó la primera Liga de los Tres Emperadores. La liga, poco estable, comprendía un tratado defensivo germano-ruso firmado el 6 de mayo de 1873 que garantizaba que ambas potencias se socorrerían mutuamente en caso de ataque por otra potencia europea con 200.000 hombres, y un convenio austro-ruso firmado el 6 de junio de 1873 por el que los dos emperadores se comprometían a consultarse y a mantener el *status quo* europeo, un acuerdo al que el emperador alemán se unió el 22 de octubre de 1873.

Sin embargo, esta primera liga duró poco. El primer golpe lo recibió nada más nacer, al distanciarse Rusia de la política de presión que adoptó Bismarck cuando Francia aprobó una ley en 1875³³ que, a su juicio, revelaba la intención de hacer la guerra a Alemania. Pero sería la nueva guerra ruso-turca de 1877-1878 y la posterior Conferencia de Berlín, que obligó a Rusia a renunciar a buena parte de sus ganancias, las que sentenciarían la alianza. Al no apoyar Bismarck todas las demandas rusas durante el congreso, el Zar se sintió traicionado por su aliado alemán y dio por disuelta la liga.

4.2. Segundo sistema bismarckiano

Sin desanimarse por el colapso de su sistema de alianzas, Bismarck comenzó a reconstruirlo casi inmediatamente. El 7 de octubre de 1879 Alemania y Austria-Hungría firmaban un tratado por el que se comprometían a socorrerse con todas sus fuerzas en caso de un ataque ruso y a permanecer neutrales en caso de que una de ellas fuese atacada por otra potencia distinta de Rusia. El tratado tenía una vigencia inicial de cinco años, pero se fue renovando sistemáticamente hasta la Primera Guerra Mundial.

El siguiente paso fue reintegrar a Rusia en el sistema, lo que se consiguió en 1881 al rehacer la Liga de los Tres Emperadores mediante un tratado que preveía que, en caso de que alguna de las potencias firmantes fuera atacada por una cuarta potencia, las otras dos mantendrían una neutralidad benevolente. Este tratado se concluyó con una duración de 3 años renovables.

Poco después, Bismarck aprovechó los temores italianos ante la expansión francesa en África para atraerla también, estableciendo así la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia (20 de mayo de 1882). El tratado era, de alguna manera, una ampliación del firmado con Austria-Hungría en 1879, pero no lo sustituía. Preveía que si Italia era atacada sin provocación por Francia, todos los firmantes deberían apoyar al aliado agredido, y que Italia haría lo mismo si Francia atacaba Alemania. Todos los firmantes se apoyarían también si uno de ellos era atacado por dos o más Grandes Potencias y, además, se comprometían a mantener la neutralidad si era alguno de los firmantes el que decidía atacar a otra potencia por razones de seguridad. La duración del tratado era también de 5 años prorrogables. Rumanía se sumó a él en 1883.

Por tanto, el segundo sistema bismarckiano se basaba en tres tratados independientes: el de 1879, el de 1881 y el de 1882. En conjunto, garantizaba que:

³³ La ley de 13 de marzo de 1875 establecía el pie de fuerza de los ejércitos franceses, añadiendo un cuarto batallón a cada regimiento y una cuarta compañía a cada batallón. Según Moltke, esto equivalía a incrementar el ejército francés en 144.000 hombres.

- en caso de ataque ruso, Alemania y Austria se apoyarían e Italia sería neutral.
- en caso de ataque francés no provocado contra Alemania, Alemania e Italia se apoyarían y Austria sería neutral.
- en caso de ataque francés no provocado contra Italia toda la alianza entraría en guerra.
- en caso de ataque no provocado por dos potencias, toda la alianza se prestaría auxilio.
- en caso de que alguno de los aliados decidiese empezar una guerra, los otros serían neutrales.
- si Gran Bretaña atacaba Rusia, los imperios centrales no intervendrían.

El sistema permitía a Alemania mantener un cierto control sobre Austria, alejar a Rusia de Francia y enfren-
tar a Gran Bretaña con Rusia, puesto que si Austria no podía entrar en coaliciones anti-rusas, sería el gobierno
de Londres el que tendría que frenar el expansionismo ruso. Además, para evitar problemas, Bismarck in-
tentó complacer a Francia en todo excepto Alsacia y Lorena, animándola especialmente en su expansión co-
lonial, con la esperanza de que ello la llevara a chocar con Gran Bretaña.

4.3. Tercer sistema bismarckiano

En 1884 se renovó la Liga de los Tres Emperadores y en 1887 la Triple Alianza, añadiendo, además, garantías
de apoyo a Italia en caso de que ésta se viera obligada a ir a la guerra con Francia por cuestiones coloniales.
Sin embargo, la Liga de los Tres Emperadores no se renovó como correspondía en 1887 a consecuencia de los
problemas búlgaros que desencadenaron una ola germanófoba en Rusia. Para sustituirlo, Bismarck consi-
guió concluir un tratado secreto conocido como Tratado de Reaseguro. En virtud de este acuerdo, firmado el
18 de junio de 1887, Rusia y Alemania se prometían mutuamente permanecer neutrales en caso de que alguna
de ellas se viera en guerra con una tercera potencia, a no ser que Rusia atacara Austria o Alemania atacase
Francia. Alemania prometía, además, no estorbar los esfuerzos rusos por abrir el Bósforo y los Dardanelos.

Como explica Mowat, el hecho de que Alemania introdujera la excepción de un ataque ruso a Austria no tiene
nada de sorprendente, pues era una cláusula necesaria para conciliar el Tratado de Reaseguro con la alianza
austríaca. Sin embargo, el hecho de que Rusia introdujera la excepción de un ataque alemán a Francia es más
llamativo, pues podría llevar a pensar que, ya a esas alturas, el Zar estaba considerando la posibilidad de
aliarse con Francia en una guerra contra Alemania.

Este último juego de alianzas incluía además los Acuerdos Mediterráneos, firmados también en 1887.
Bismarck, que se había comprometido a ayudar a Italia contra Francia en cuestiones coloniales y a no inter-
ponerse entre Rusia y los estrechos, sentía la necesidad de aligerar un poco sus compromisos y, para ello, in-
tentó facilitar el entendimiento de sus aliados con Gran Bretaña, de manera que ésta quedara asociada
indirectamente al sistema. Así, Italia firmó un acuerdo con Gran Bretaña en el que ambas partes expresaban
su voluntad de mantener el status quo en el Mediterráneo y el Mar Negro, así como su intención de prestarse
ayuda frente a Francia en las cuestiones de Egipto y Tripolitania. Austria-Hungría se unió al acuerdo en marzo
y España en mayo, prometiendo no ayudar a Francia de forma que pudiera molestar a Italia, Austria-Hungría
o Alemania.

Con el apoyo de Gran Bretaña, Bismarck esperaba que Francia no pudiese entrar en conflicto con Italia y no tener por tanto que prestarle la ayuda prometida. Por otra parte, la promesa hecha a Rusia de no interferir en sus esfuerzos por abrir los estrechos, se veía muy rebajada porque cualquier tentativa rusa se encontraría con la oposición de Gran Bretaña, Austria-Hungría e Italia.

4.4. Resumen del periodo

El periodo 1870-1890 vio la consolidación de un nuevo reparto de poder en Europa, pero, una vez más, la estabilidad que caracterizó estos años no puede achacarse tanto a la existencia de un equilibrio como a la gestión personal de Otto von Bismarck.

De las luchas que se sucedieron entre 1853 y 1871 había emergido una Europa en la que numerosos países tenían cuentas pendientes y grandes temores: Francia había sido humillada y despojada de dos provincias; Austria-Hungría también había sido vencida y se inquietaba por los movimientos nacionalistas en los Balcanes y la influencia rusa en la zona; Rusia veía con preocupación el crecimiento de la potencia germana y aspiraba a ganar nuevos territorios a costa de Turquía; incluso Italia creía que todavía quedaban territorios irredentos y soñaba con un imperio colonial. La tensión era palpable.

Bismarck, como buen conocedor de las dinámicas de poder, se daba perfecta cuenta de que en esas condiciones era muy fácil que se formara una coalición de potencias para oponerse al imperio que había creado y quizás para buscar revancha.

Para evitar este peligro, *le cauchemar des coalitions*, Bismarck optó por dar un giro de 180 grados a su política, evitando movimientos agresivos que pudieran dar lugar a la formación de coaliciones contra Alemania y empleando su poder para favorecer, en cambio, un movimiento de *bandwagoning* por parte de aquellas potencias que más tenían que temer del nuevo poder germánico.

Dado que, como hemos dicho, era imposible llegar a entendimientos con Francia, la prioridad debía ser neutralizar a la otra gran agraviada, a la que, en previsión de esto, había tenido cuidado de no herir demasiado: Austria-Hungría.

Aunque, viéndolo con la ventaja que nos dan los años, podríamos pensar que Alemania habría conseguido más si hubiera mantenido a Rusia como pieza esencial de su estrategia en lugar de Austria-Hungría³⁴, lo cierto es que el movimiento del canciller se explica perfectamente por el hecho de que los Habsburgo habían sido su víctima en 1866 y habrían podido hacer causa común con Francia con mucha facilidad, algo impensable en el caso de Rusia.

No obstante, y a pesar de la primacía que le concedió a Austria-Hungría en su diseño, Bismarck siempre se mostró ansioso por integrar a Rusia en él, razón por la que reconstruyó la Liga de los Tres Emperadores y por la que, cuando esto no fue posible, concluyó el Tratado de Reaseguro, que llevaba la diplomacia a un nivel de complejidad elevadísimo. De esta forma, se aseguraba de que las rivalidades austro-rusas en los Balcanes no le llevaran a una guerra contra Rusia y obtenía una garantía adicional de que Rusia no se aliaría con Francia.

³⁴ Tras la guerra austro-prusiana de 1866, una reorganización del imperio que daba mayor autonomía e importancia a Hungría motivó que empezara hablarse de la monarquía dual y de Austria-Hungría en lugar de, únicamente, Austria.

Gran Bretaña, por su parte, continuaba en régimen de *splendid isolation* y mantenía numerosos conflictos con Francia por cuestiones coloniales, por lo que no era un país que le preocupase en demasía³⁵. Además, la mentalidad de Bismarck era fundamentalmente continental y el ejército británico siempre le pareció *quantité négligeable*.

A diferencia de lo que ocurría en la primera mitad del siglo, cuando Rusia, Austria y Prusia también colaboraron entre sí, en los sistemas bismarckianos la identidad de sistemas políticos tenía poca importancia y por ello deben analizarse como construcciones prácticas más que ideológicas. Aunque en el preámbulo del tratado de 1882, por ejemplo, se dijera que, entre otras cosas, tenía por objeto fortalecer el principio monárquico y asegurar el mantenimiento del orden social y político de los Estados firmantes, lo cierto es que los sistemas bismarckianos estaban basados en los cálculos de riesgo y poder que realizaron las potencias firmantes, no en un conjunto de principios compartidos.

Esta primacía del poder sobre los principios en la visión de Bismarck se confirma plenamente cuando se piensa, por ejemplo, en la reacción de Bismarck ante la llegada al poder en Francia del mariscal Mac-Mahon, católico y monárquico, tras la caída del republicano Thiers. El embajador alemán en París, Von Arnim, se felicitaba por lo que él entendía que reforzaría el principio monárquico, pero Bismarck, en cambio, se confesó muy disgustado, pues estimaba que una restauración monárquica en Francia podía facilitar que encontrase alianzas.

A pesar de todo, lo cierto es que Bismarck consiguió atraerse a dos de los principales países que podían crearle problemas y aislar irremediamente al otro, evitando así la aparición de un sistema de equilibrio diseñado contra Alemania y manteniendo la paz en Europa.

5. El equilibrio perfecto: la fórmula del desastre

5.1. La caída de Bismarck

El 9 de marzo de 1888, el káiser Guillermo I murió a la edad de 90 años. Para Bismarck, el suceso representaba una desgracia, pues la conservación de su poder dependía en exclusiva del mantenimiento del favor del monarca, algo que no estaba seguro de conseguir con su sucesor. Federico III, el héroe de Sadowa, estaba casado con la hija mayor de la reina Victoria de Inglaterra, también llamada Victoria³⁶, y sus tendencias liberales eran cosa bien conocida en Alemania. Afortunadamente para el canciller, cuando Federico llegó al trono estaba ya gravemente enfermo y, 99 días después de ceñir la corona, murió.

El trono de Alemania recayó entonces en un joven de 29 años, Guillermo II, que es probablemente una de las figuras más controvertidas de la historia moderna de Europa. Buen conocedor de la sociedad británica, Guillermo creció con un doble sentimiento de admiración y hostilidad hacia Inglaterra. Admiraba sus clases altas y a su abuela la reina, el imperio y la *Royal Navy*, pero detestaba la doblez que apreciaba en la política inglesa, la dominación que su madre había establecido sobre su padre y las ideas liberales que ella había tratado de inculcarle.

³⁵ Al respecto debe recordarse que, durante este periodo, Gran Bretaña solo contempló seriamente la posibilidad de intervenir en el continente a raíz de la guerra ruso-turca, cuando pareció que las tropas del Zar llegarían a Constantinopla y tomarían el control de los Estrechos, algo inaceptable para la diplomacia británica.

³⁶ La princesa Victoria era conocida por su carácter y, probablemente, al casarla con el heredero al trono prusiano, Victoria y Alberto de Inglaterra abrigaron esperanzas de convertir a la potencia más prometidora de Alemania en una monarquía liberal y aliada de Gran Bretaña en el continente.

Preocupado por la posibilidad de un giro liberal cuando Federico III llegara al trono, Bismarck aprovechó muy pronto el resentimiento del príncipe hacia su madre para atraérselo y convertirlo en un defensor de los tradicionales valores prusianos, algo para lo que contó con la ayuda del Emperador Guillermo I, preocupado también por los devaneos liberales de su hijo Federico.

Sin embargo, al subir al trono, Guillermo II demostró muy pronto no ser exactamente lo que Bismarck habría deseado. Por muy antiliberal que pudiera ser, Guillermo no era un *junker* que despreciara todo lo que pudiera pasar fuera de Alemania, ni un monarca que fuera a conformarse con hacer caso de los consejos de su canciller, por muy exitoso que éste pudiera haber sido.

Los problemas empezaron en 1889, a raíz de una huelga de 170.000 trabajadores de las minas de carbón de Westfalia. Bismarck barajó la posibilidad de reprimir por la fuerza los disturbios, pero el nuevo káiser pensó que nada mejor para empezar su reinado que mostrar preocupación por la cuestión social y legislar para mejorar las condiciones de vida de los asalariados. Cuando Guillermo presentó sus ideas a sus ministros, todos, a instancias de Bismarck, alegaron la necesidad de más tiempo para reflexionar, evitando comprometerse. Humillado, el Káiser decidió hablar uno a uno con sus ministros, pero entonces Bismarck encontró un decreto de 1852 en el que se prohibía a los ministros relacionarse con el rey o el parlamento sin aprobación del ministro-presidente.

El Káiser se dio cuenta de que los ministros no eran “suyos”, sino de Bismarck, y que si quería gobernar tendría que prescindir del hombre que había fundado el Imperio. Como le había dicho el general Waldersee, “si Federico el Grande hubiera tenido semejante canciller, no habría sido Federico el Grande”³⁷. Tras un tira y afloja en el que el monarca pidió repetidamente el levantamiento de la prohibición a los ministros de conferenciar con él, Bismarck presentó su dimisión el día 18 de marzo de 1890 y, dos días más tarde, se publicaba la aceptación del Emperador. Su sucesor sería el general Leo von Caprivi.

5.2. La alianza franco-rusa

Apenas una semana después de llegar al cargo, Caprivi tuvo que tomar una de las decisiones más trascendentales del reinado de Guillermo II. En junio de 1890, el Tratado de Reaseguro firmado en 1887 llegaba al fin de su periodo de vigencia y era necesario tomar una decisión sobre su renovación. Bismarck había comenzado negociaciones con este fin en febrero y, al aceptar su dimisión, el Káiser había dicho al embajador ruso que podía contar con la continuación del acuerdo. Sin embargo, cuando Friedrich von Holstein³⁸ informó a Caprivi del asunto, éste, sin experiencia diplomática alguna, decidió pedir opinión. Holstein, el Secretario de Estado de Asuntos Exteriores y el embajador alemán en Rusia, el general von Schweinitz, aconsejaron unánimemente que el tratado no se renovase, pues de ser conocido dañaría irremediabilmente la alianza con Austria, algo que era necesario evitar a toda costa. Por otra parte, en Alemania se pensaba que, por muy aislados que quedasen los rusos sin la renovación del tratado, no era fácil que encontrasen un aliado que pudiese suponer un peligro para Alemania. Una alianza con Gran Bretaña obligaría a Rusia a llegar a acuerdos en Asia Central y una alianza con Francia, aparte de lo dificultosa que sería por la incompatibilidad de sistemas políticos, no le reportaría ninguna ventaja: Rusia no tenía interés en luchar por Alsacia y Lorena y Francia tampoco lo tenía en las querellas balcánicas o en facilitar el acceso ruso al Mediterráneo.

³⁷ Massie, Robert K., *Dreadnought, Britain, Germany and the coming of the Great War*, Ballantine Books, Nueva York, 1992. Traducción propia.

³⁸ Friedrich von Holstein (1837-1909), llegó a ser Primer Consejero del Departamento Político del Ministerio de Asuntos Exteriores y a ejercer una gran influencia en la política exterior alemana, sobre todo tras la caída de Bismarck. A menudo se le ha considerado la “eminencia gris” en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Caprivi y Schweitnitz informaron al Emperador de su parecer y, a pesar de las seguridades que se le habían dado al embajador ruso, se dejó expirar el tratado sin renovarlo. De este modo, desaparecía la posibilidad alemana de arbitrar las diferencias austro-rusas, tal y como dijo el ministro de Exteriores del Zar: “con la extinción del tratado, Viena ha sido liberada del sabio y bienintencionado pero también firme control del príncipe Bismarck”³⁹. Además, Rusia quedaba aislada en el tablero europeo, sin aliados con los que poder hacer frente a la alianza austro-alemana, lo que inevitablemente la abocaba a un cambio de política. Poco más de un año después, en julio de 1891, una flota francesa recaló en el puerto ruso de Kronstadt y el Zar, por primera vez desde 1789, se descubrió para escuchar La Marsellesa.

La visita de la escuadra del almirante Gervais a Kronstadt puso de relieve una tendencia a la mejora de las relaciones franco-rusas que venía produciéndose desde mediados de la década anterior. El primer acercamiento consistió en la progresiva atracción de capital francés para financiar la modernización de Rusia, incluyendo su ejército y su red de ferrocarriles, fundamentales para organizar una movilización eficaz. Hasta 1887, las inversiones francesas en Rusia no pasaban de 1,5 millones de francos, el 60% de la deuda pública rusa en manos extranjeras se le debía a inversores alemanes y solo un 15% a inversores franceses. Pero la disponibilidad de capital en Francia, las tensiones con Alemania y las crecientes dificultades para pagar el servicio de la deuda, llevaron a los responsables de la economía rusa a considerar la posibilidad de acudir a la bolsa de París para obtener préstamos a mejores intereses.

En 1888 se llegó al primer gran acuerdo financiero, una emisión de bonos por valor de 500 millones de francos que encontró una gran aceptación entre los inversores franceses. Más emisiones siguieron en 1889 y 1890, hasta el punto de que, en 1891, más de 3.000 millones de francos habían ido a parar al tesoro zarista.

También por aquel entonces comenzaba la producción del nuevo fusil ruso, un diseño conjunto del capitán Sergei Ivanovich Mosin y el belga Leon Nagant, que se haría famoso en las dos guerras mundiales con el nombre de Mosin-Nagant. Debido a la incapacidad de la industria rusa de fabricar en números adecuados el nuevo fusil, se pidió ayuda a Francia, que fabricaría en la Manufactura de Armas de Châtellerault más de 500.000 unidades hasta 1895. Esta colaboración militar se vio completada con la participación cada vez más frecuente de militares rusos en las maniobras francesas y viceversa.

En agosto de 1891, un canje de notas se convirtió en la primera forma de concreción de la aproximación franco rusa. Aunque el Zar no estaba todavía seguro de querer aliarse con la República Francesa y no quería hacer demasiadas promesas, la revelación en el Parlamento italiano de la existencia de los Acuerdos Mediterráneos y, en consecuencia, de alguna forma de colaboración británica con la Triple Alianza⁴⁰, le decidió a dar un paso más con Francia. El acuerdo simplemente establecía que ambos Estados se concertarían en las cuestiones que pudiesen poner en peligro la paz general y el compromiso de ponerse acuerdo en caso de agresión sobre las medidas a adoptar. No era lo que los franceses deseaban, desde luego, pero como dijo Ribot, ministro de Asuntos Exteriores francés, “el árbol se ha plantado”⁴¹.

Durante el año siguiente, los negociadores franceses siguieron presionando para conseguir un compromiso de ayuda militar efectiva. El éxito llegó en agosto de 1892, cuando, por fin, se firmó la alianza militar franco-rusa. El acuerdo contemplaba que Rusia y Francia movilizarían y enviarían a la frontera de forma automática a todas sus fuerzas si Alemania o Austria-Hungría se movilizaban. Si Francia fuese atacada por Alemania o por

³⁹ Kissinger, *Op.cit.*, p. 179.

⁴⁰ Esto venía a sumarse al acuerdo anglo-alemán de 1890, que había solucionado algunos conflictos germano-británicos en África y hecho posible la cesión a Alemania de la isla de Heligoland.

⁴¹ Renouvin, *Op. cit.*, p. 424.

Italia apoyada por Alemania, Rusia emplearía todas sus fuerzas contra Alemania y, en caso de que Rusia fuese atacada por Alemania o por Austria-Hungría apoyada por Alemania, Francia emplearía todas sus fuerzas contra Alemania. Francia prometía emplear contra Alemania no menos de 1.300.000 hombres y Rusia entre 700.000 y 800.000, dedicando el resto de sus fuerzas a luchar contra Austria-Hungría.

El acuerdo recogía las principales aspiraciones francesas, pues comprometía a los rusos a intervenir en caso de guerra y, al fijar el número de efectivos que el Zar debía enviar contra Alemania, aseguraba que dicha intervención no fuera meramente simbólica. A cambio, Francia aceptaba el riesgo de verse implicada en una guerra entre Austria-Hungría y Rusia, pues, aunque el texto no obligaba a apoyar a Rusia ante un ataque austríaco sin apoyo alemán, sí que obligaba a movilizar a todas las fuerzas, lo que inevitablemente provocaría una reacción alemana.

La convención, firmada por los generales Boisdeffre y Obruchev, necesitaba la firma del Zar y del gobierno francés para ser efectiva, lo que se demoró durante algunos meses. Finalmente, la convención pudo considerarse en vigor el 4 de enero de 1894.

Una de las dos cosas impensables para los líderes alemanes era ya una realidad. Aunque Rusia no quisiera luchar por Alsacia y Lorena ni Francia por los Balcanes, lo cierto es que los intereses de ambas, por distintos que pudieran ser, encontraban el mismo obstáculo: Alemania. Francia no recuperaría Alsacia y Lorena sin una guerra con Alemania y Rusia no podría realizar su política balcánica sin vencer a Austria-Hungría, cuya supervivencia estaba garantizada por Alemania.

Kissinger en *Diplomacy* afirma que este acuerdo supuso el principio del fin del equilibrio de poder. Esta afirmación no puede sorprendernos si tenemos en cuenta que su concepto de equilibrio ideal es la mera coexistencia de cierto número de potencias libres de aliarse entre sí para ayudarse a evitar que una de ellas se alce hegemónicamente sobre las demás. Sin embargo, creemos que no es honrado definir el equilibrio de poder en términos que lo asocien únicamente con situaciones históricas en las que se considera que el modelo fue exitoso. Por eso pensamos que, en realidad, la alianza franco-rusa supuso el nacimiento del primer sistema de equilibrio operativo desde 1815. De hecho, no hay ninguna duda de que tanto rusos como franceses hacían una lectura de su alianza en términos de equilibrio de poder; así se deduce, por ejemplo, de un intercambio de cartas que tuvo lugar en 1899 entre los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y Rusia –Delcassé y Muravieff respectivamente– en el que se confirmaba la convención de 1892 añadiendo que tendría por objeto, además del mantenimiento de la paz, el mantenimiento del equilibrio de fuerzas en Europa⁴².

Además, los sistemas de equilibrio simples son con frecuencia una evolución lógica de los sistemas complejos en situaciones de creciente tensión y, por tanto, dos fases de un solo modelo que deben estudiarse conjuntamente. En nuestra opinión, esto debilita aún más la posición de Kissinger.

5.3. Las ententes con Gran Bretaña

El siguiente paso en la formación del equilibrio con el que Europa llegaría a la Primera Guerra Mundial fueron las ententes a las que Rusia y Francia llegaron con Gran Bretaña, algo también inimaginable para los líderes alemanes.

⁴² Franzis Pribram, Alfred, *The Secret Treaties of Austria-Hungary 1879-1914*, Harvard University Press, 1921. Carta del conde Muravieff, ministro de Asuntos Exteriores de Rusia a Teófilo Delcassé, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, de 9 de agosto de 1899.

Hasta principios del siglo XX, Gran Bretaña mantuvo una política de aislamiento que rechazaba, por sistema, la conclusión de alianzas que pudieran llevarla a verse implicada en un conflicto continental. El principal interés británico era el mantenimiento de su supremacía naval como forma de asegurar su territorio metropolitano, su imperio ultramarino y su comercio.

Las principales amenazas que percibía venían de Francia y de Rusia. La primera obstaculizaba la expansión británica en África y podía amenazar la comunicación con la India en el Mediterráneo. La segunda constituía el principal rival en Oriente, tanto en la India como en Persia, y podía también bloquear el Mediterráneo si obtenía salida del Mar Negro a través del Bósforo y los Dardanelos, en especial si colaboraba con Francia. Esta última posibilidad es lo que hacía tan importante para Gran Bretaña la supervivencia del Imperio Otomano y lo que la llevó a intervenir más vigorosamente en los asuntos europeos. Alemania y Austria-Hungría eran potencias continentales que no suponían un peligro intereses vitales británicos; más que una amenaza, eran aliados potenciales contra Rusia y Francia.

Esta situación comenzó a cambiar en los últimos años del siglo XIX debido a varios factores. La debilidad mostrada durante las Guerras Boers, en las que buena parte de Europa se alineó contra Gran Bretaña fue una de ellas, pero más importante aún fue el comienzo de la carrera naval anglo-germana.

Desde el primer momento de su reinado, Guillermo II dejó claras las intenciones de dotar a Alemania de una marina de guerra, algo que hasta entonces había sido muy secundario para Alemania. En 1897, Alfred Tirpitz fue nombrado ministro de Marina y, en menos de diez días, redactó un memorándum en el que explicaba que el principal enemigo de Alemania en el mar sería Gran Bretaña –un país amistoso en ese momento– y que para hacerle frente sería necesario construir 19 acorazados hasta 1905, lo que calculaba que costaría 58 millones de marcos por año. En 1912, después de varias crisis, el número de acorazados a construir era ya de 41.

Poco a poco, Gran Bretaña se fue dando cuenta del potencial naval de Alemania y de que su programa de construcciones no estaba diseñado contra Francia o Rusia, sino contra ella. Así lo reconocía el Primer Lord del Almirantazgo en un informe de 1904: *“the more the composition of the new German fleet is examined, the clearer it becomes that it is designed for a possible conflict with the British fleet”*⁴³.

Para tratar de conjurar la amenaza, Gran Bretaña trató en varias ocasiones de llegar a un entendimiento con Alemania, al tiempo que aceleraba sus programas de construcción naval y concentraba efectivos en el Mar del Norte. Pero los contactos con Alemania no llevaron a ningún sitio y la carrera naval suponía cada vez mayores costes, por lo que, progresivamente, los dirigentes británicos se convencieron de la necesidad de mejorar sus relaciones con el resto de potencias para concentrar sus esfuerzos en la contención de Alemania. Rápidamente, la política aislacionista tradicional dejó paso a otra más abierta a buscar fórmulas de colaboración.

La primera alianza británica fue con Japón, la nueva potencia emergente en Asia y la única junto a Alemania que podía ayudarle a moderar a Rusia y evitar la partición de China. El acuerdo, que preveía que los dos países se mantendrían neutrales en caso de que el otro entrase en guerra con un tercero y que se apoyarían militarmente si uno de ellos entraba en guerra con dos países más, fue firmado el 30 de enero de 1902 y permitió a Gran Bretaña reducir su presencia en Extremo Oriente.

⁴³ Grimes, Shawn T., *Strategy and War Planning in the British Navy 1887-1918*, The Boydell Press, Woodbridge, Suffolk, 2012. Cabinet Memorandum de Lord Selborne, 26 de febrero de 1904.

Al mismo tiempo que se concluía la alianza anglo-japonesa, Gran Bretaña y Francia comenzaron a pensar en un acuerdo global para poner fin a sus roces coloniales. En 1903, acabada ya la Guerra de los Boers y pasado algún tiempo desde la humillación de Fachoda, sucesos ambos que habían mantenido a la opinión pública francesa furibundamente antibritánica, el rey Eduardo VII visitó París con gran éxito; luego fue el turno del presidente Loubet de visitar Londres y las conversaciones comenzaron oficialmente.

Entre los obstáculos que había que superar, los más importantes eran el problema del norte de África, donde los intereses británicos y franceses chocaban en Egipto y Marruecos, las ansias francesas de modificar las fronteras de Nigeria, los derechos pesqueros franceses en Terranova⁴⁴ y la clarificación de las zonas de influencia inglesa y francesa en Siam. Al final, ingleses y franceses lograron ponerse de acuerdo: los franceses renunciaban a sus pretensiones en Egipto a cambio de que los británicos les reconocieran la supremacía en Marruecos, los ingleses accedieron a modificar las fronteras de Nigeria a cambio de que los franceses renunciaran a sus derechos en Terranova y se solucionaron las diferencias en Siam, así como algunos problemas menores en Madagascar y las Nuevas Hébridas. El acuerdo franco-británico, que en realidad eran tres convenciones separadas, se firmó el 7 de abril de 1904.

El acuerdo no suponía en modo alguno una alianza inglesa con Francia, lo que lo hacía aceptable al Parlamento inglés, siempre receloso de compromisos en política exterior. Sin embargo, al eliminar las principales causas de roces entre Gran Bretaña y Francia, facilitaba enormemente el entendimiento entre ellas.

En un primer momento, la reacción alemana a la entente franco-británica fue de tranquilidad; al fin y al cabo, el hecho de que Francia y Gran Bretaña limaran sus asperezas coloniales no suponía una amenaza para Alemania. Sin embargo, poco a poco, en Berlín se fueron dando cuenta de que la posibilidad de verse rodeados por potencias hostiles era cada vez mayor. Esto provocó que, a partir de 1905, la política alemana adoptara formas más agresivas para intentar romper la Entente.

El primer intento fue la crisis de Marruecos de 1905. Aunque a Alemania nunca le había interesado demasiado Marruecos, Bernhard von Bülow, que había sustituido a Hohenlohe como canciller en 1900, resolvió oponerse a la “toma de control” francesa del país⁴⁵: convenció al Sultán para que no pusiera su policía y su ejército en manos francesas, como se le había pedido y, para hacer más gráfico su apoyo a la independencia marroquí, envió a Tánger nada menos que al Káiser.

La idea de Bülow era humillar a Francia para que se viera que, a pesar de sus recientes acuerdos con Rusia y Gran Bretaña, seguía estando básicamente aislada. El apoyo británico –según Bülow– demostraría ser meramente “platónico”, los rusos verían lo poco que valía el apoyo francés y la Entente acabaría rompiéndose.

Con la tensión entre Francia y Alemania aumentando por momentos, el Sultán invitó a las potencias a una conferencia para discutir el futuro de Marruecos. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Delcassé, rechazó la propuesta y, comprendiendo que los alemanes jugaban de farol para destruir la Entente, animó a su gobierno a no claudicar. Pero el resto de ministros no estaban por la labor de arriesgar una guerra mientras no se pudiera contar con el recién derrotado ejército ruso y se optó por la negociación. Delcassé, el artífice de la

⁴⁴ El problema era que los habitantes de la zona se negaban a que los franceses montaran unos establecimientos para enlatar langostas en la costa. A pesar de lo trivial que pueda parecer, el problema diplomático llegó a ser de primera magnitud y la pesadilla de Lord Salisbury.

⁴⁵ Técnicamente, tenía todo el derecho a hacerlo, pues el Tratado de Madrid de 1880 preveía que antes de que alguna potencia tomase el control de Marruecos, ésta debía al menos consultar a las otras partes. Sin embargo, lo cierto es que Alemania no había protestado al ser informada de los detalles generales del acuerdo franco-británico de 1904, así que el repentino cambio de opinión pilló por sorpresa a los franceses.

Entente y la bestia negra de Alemania, fue obligado a dimitir, mientras un exultante Káiser nombraba a Bülow Príncipe del Imperio Alemán.

En enero de 1906 comenzó en Algeciras la conferencia pedida por el Sultán, bajo la presidencia del duque de Almodóvar. Durante toda la conferencia, el representante británico, Sir Arthur Nicolson, apoyó las exigencias francesas. El mayor punto de fricción era quién debía controlar la policía marroquí, acordándose al final que quedaría bajo control del Sultán, aunque con asistencia de oficiales españoles y franceses y con un suizo al mando. También se llegaron a algunos acuerdos en cuestiones de control del tráfico de armas, obras públicas o aduanas. La conferencia terminó a principios de abril.

Los franceses no ganaron en Marruecos la preponderancia completa que hubiesen deseado, pero el apoyo cerrado de Gran Bretaña a Francia supuso un éxito para la Entente que ganaba así credibilidad tras la forzada dimisión de Delcassé. Además, tras la crisis muchos pensaron que la guerra era inminente y los franceses preguntaron hasta qué punto podían contar con el apoyo inglés en caso de un conflicto con Alemania a causa de Marruecos. Nadie en Gran Bretaña podía responder a eso en ese momento pero, en cualquier caso, se autorizaron conversaciones militares secretas por si en algún momento era necesario actuar conjuntamente. Las conversaciones comenzaron en enero de 1906 y significaron un importante refuerzo de las relaciones franco-británicas.

Otra consecuencia indeseada por Bülow de la crisis marroquí y la conferencia de Algeciras fue la buena impresión que hizo a los rusos la firmeza británica en el apoyo a Francia, lo que ayudó a convencerles de la conveniencia de formalizar también ellos una entente con Gran Bretaña. La cuestión no se presentaba fácil, pues existían numerosos obstáculos que vencer. Estaban las diferencias ideológicas entre los dos países, la lucha que mantenían ambas potencias en Asia, las ansias rusas por salir al Mediterráneo y, finalmente, el hecho de que Gran Bretaña fuera la aliada del Japón, que acababa de humillar a Rusia en la guerra de 1904-1905. A pesar de todo, a mediados de 1906 comenzaron las conversaciones entre el ministro de Exteriores ruso, Izvolsky y el embajador británico, Sir Arthur Nicolson.

Llevaría un año de negociaciones llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes, pero la nueva entente se firmó el 31 de agosto de 1907. Como en el caso de la entente con Francia, la ruso-británica comprendía tres convenciones: una sobre Persia, otra sobre Afganistán y otra sobre el Tíbet. La convención sobre Persia estipulaba que el país se dividiría en tres zonas de influencia: una rusa en el norte, una inglesa en el sur y una en la que los dos países podían competir en el centro. En la convención sobre Afganistán, Rusia reconocía que Afganistán quedaba fuera de su zona de influencia y que todas las relaciones con ese país se llevarían a cabo por intermediación del gobierno británico, aunque éste se comprometía a compartir con Rusia el comercio afgano. Por último, en la convención sobre el Tíbet ambos países se comprometían a mantener el *status quo*, reconocían la soberanía china y prometían que en todas las relaciones con ese país el gobierno chino sería intermediario.

Con este acuerdo quedó formado el bloque que se opondría a la Triple Alianza durante la Primera Guerra Mundial. La Triple Entente como se conoce normalmente, no era por tanto una alianza, sino una alianza franco-rusa sumada a una entente franco-británica y a otra entente ruso-británica.

Durante los años siguientes el equilibrio europeo se fue haciendo más rígido cada vez que una nueva crisis se transformaba en una prueba de fuerza entre los dos bloques.

Por un lado, cada alianza trataba de debilitar a la contraria y, por otro, los miembros de cada bloque trataban de calibrar hasta qué punto sus compañeros eran fiables y hasta dónde estaban dispuestos a llegar por hacer honor a sus promesas. Los líderes de las diferentes potencias tenían que ser muy cuidadosos a la hora de dar pasos atrás, pues cualquier síntoma de debilidad podía acabar con la propia alianza o incitar a la otra a ir aún más lejos y ambas alternativas eran fatales. Cada vez que se hacía funcionar el equilibrio, el margen de maniobra de los integrantes del sistema para hacer frente a la siguiente crisis se reducía. La sensación de inseguridad y tensión que emanaba de un sistema basado únicamente en cálculos de poder, obligaba a los diferentes países a hacer todo lo que fuera necesario para asegurarse de que la alianza a la que pertenecía permanecía cohesionada.

Esta dinámica fue especialmente clara en el caso de la Triple Entente. Los lazos que unían a Gran Bretaña con Francia y Rusia eran, en principio muy escasos y en Londres siempre se quiso dejar claro que, en caso de conflicto, permanecían libres de decidir si intervendrían o no y de qué lado. Sin embargo, la magnitud del desafío alemán y las pruebas de fuerza obligaron a Gran Bretaña a apoyar recurrentemente a Francia, luego a iniciar conversaciones militares con ella y, más adelante, a llegar incluso a un acuerdo naval por el que Francia se comprometía a defender los intereses británicos en el Mediterráneo para permitir a Gran Bretaña llevar más buques al Mar del Norte. A cambio, Gran Bretaña no permitiría ataques a la costa atlántica francesa.

5.4. La anexión de Bosnia-Herzegovina

La primera gran crisis tras la conclusión de la entente ruso-británica fue la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría en 1908, cuyo análisis presenta gran interés por el gran parecido que tiene con la de 1914.

El origen del problema se remonta a 1878, cuando en el Congreso de Berlín se decidió otorgar a Austria-Hungría el derecho a ocupar Bosnia-Herzegovina y a Bulgaria una autonomía muy amplia, conservándose en ambos casos la soberanía nominal otomana. El Congreso de Berlín también había reconocido formalmente la independencia de Serbia, país que en un primer momento mantuvo buenas relaciones con Austria-Hungría. La situación cambió a partir de 1903 como consecuencia del asesinato de los reyes por un grupo de conspiradores nacionalistas y la llegada al trono de una dinastía hostil a los Habsburgo.

A los ojos de Viena, Serbia se estaba convirtiendo en una especie de Piamonte balcánico que amenazaba con desestabilizar el imperio reivindicando la unión de las poblaciones eslavas. No en vano, uno de los principales periódicos nacionalistas serbios se llamaba *Piejmont*. La influencia serbia era especialmente perniciosa en Bosnia-Herzegovina, donde buena parte de la población era serbia, y muchos en Austria-Hungría comenzaron a pensar que una anexión de la provincia turca era necesaria para cortar de raíz las aspiraciones de Belgrado. La operación no debía dar lugar a demasiados problemas por no ser más que la legalización de una situación existente *de facto* desde 1878 y supondría un aumento del decaído prestigio austrohúngaro en Europa.

En 1908 el ministro de Asuntos Exteriores austríaco, Aehrenthal, estimó que la situación internacional era propicia, pero también que la anexión se hacía cada vez más urgente, sobre todo tras la llegada de los Jóvenes Turcos al poder. Desde 1907, Aehrenthal y su contraparte ruso, Izvolsky, negociaban un acuerdo por el que Rusia reconocería la anexión austríaca de Bosnia a cambio de que Austria-Hungría apoyase a Rusia si intentaba abrir los estrechos a sus buques de guerra. Alemania, a la que la reciente apuesta marroquí no le había salido bien, no tendría más remedio que apoyar a su único aliado y, además, los ejércitos del Zar no se habían recuperado de la guerra con Japón en 1904-1905. Tras dar algunas indicaciones vagas a diversas cancillerías

europas sobre la posibilidad de que Austria-Hungría actuase pronto, el 6 de octubre, un día después de que Bulgaria declarase su independencia formal, se anunció la anexión de Bosnia-Herzegovina.

El anuncio pilló a Izvolsky por sorpresa y sin haber tenido tiempo de presentar al resto de potencias sus pretensiones sobre los estrechos, por lo que ahora se encontraba con que había vendido a sus hermanos eslavos sin obtener nada a cambio y bajo ataques continuos de la indignada opinión pública rusa. Izvolsky sondeó a sus compañeros de entente, pero encontró poco más que buenas palabras y el acuerdo para celebrar una conferencia en la que se discutiera la anexión y la apertura de los estrechos, algo a lo que Austria-Hungría y Alemania se negaron.

Durante algún tiempo la guerra pareció inminente: Austria-Hungría, Rusia y Serbia llevaron a cabo preparativos militares. Finalmente, Alemania se decidió a actuar y, el día 21 de marzo, envió a San Peterburgo lo que equivalía a un ultimátum: si Rusia no reconocía la anexión, daría vía libre a Austria-Hungría para invadir Serbia y, en caso de que Rusia ayudara a su protegido balcánico, Alemania apoyaría a Austria-Hungría.

Ante la amenaza alemana, la escasa disponibilidad de sus aliados para ir a un conflicto por Bosnia-Herzegovina y su mala situación financiera y militar, Rusia claudicó y Serbia lo hizo una semana más tarde.

En Rusia, la rendición se calificó como un Tsushima diplomático y dio lugar a amargas quejas contra la pasividad de Francia y gran Bretaña frente al chantaje austro-alemán. Sin embargo, la esperanza alemana de deshacer la Entente no se materializó, pues Rusia comprendió que, por muy insatisfactorio que fuese, la Entente era el único instrumento con el que contaba para hacer frente a las Potencias Centrales. En lo sucesivo, la colaboración entre Francia, Gran Bretaña y Rusia se intensificó y el precedente de 1908 no dejó de pesar en 1914 cuando las dos primeras potencias se enfrentaron a la decisión de ir a la guerra o volver a echarse atrás.

La alianza de las monarquías germánicas salió reforzada de la prueba de 1908, pero el cerrado apoyo de Alemania a Austria-Hungría también puso de manifiesto la creciente dependencia de la primera, que casi se vio obligada a ir a una guerra europea por un pedazo de tierra en el que no tenía ningún interés. En 1914 volvería a verse en la misma situación, con la diferencia de que Rusia y sus aliados no se echarían atrás una segunda vez.

5.5. La crisis de Agadir

La siguiente crisis se produjo de nuevo en Marruecos. A principios de 1911, el Sultán se encontraba sitiado en Fez por tribus hostiles y pidió ayuda a Francia, que envió desde Casablanca una columna para liberar la ciudad⁴⁶. Alemania advirtió que consideraba eso una ruptura del Acta de Algeciras y que si Francia tomaba el control de Marruecos Alemania debería obtener compensaciones. Para justificar sus reclamaciones y darles visibilidad, Alemania envió al cañonero *Panther*, que se presentó frente a Agadir el 1 de julio de 1911 y recogió a un hombre de negocios alemán que previamente había sido enviado allí y que supuestamente se encontraba en peligro.

Una vez más, algo tan trivial como una intervención francesa en Fez y un diminuto barco alemán en Agadir estuvieron a punto de llevar a toda Europa a una guerra. El Secretario de Estado alemán, Alfred von Kiderlen,

⁴⁶ También fueron detectados movimientos franceses cerca de Alcazalquivir, ciudad situada en la zona española pero codiciada por los colonialistas galos. Fuerzas de infantería de marina española y un trozo de desembarco del crucero *Cataluña* desembarcaron en Larache el 8 de junio y al día siguiente aseguraron la ciudad.

defendía que si se dejaba Marruecos a Francia sin obtener nada a cambio, el crédito diplomático de Alemania se vería afectado y, para lograr un resultado satisfactorio, abogaba por tensar la situación tanto como fuera posible, lo que había dado buenos resultados en 1908.

Gran Bretaña interpretó rápidamente el nuevo desafío alemán como un nuevo intento de acabar con la Entente y sus líderes se mostraban dispuestos a apoyar a Francia hasta el final si Alemania exigía una partición de Marruecos o compensaciones desproporcionadas. Incluso Lloyd George, considerado partidario de un entendimiento con Alemania, sintió que era necesario advertir al Káiser de que, por mucho que Gran Bretaña quisiera preservar la paz, no lo haría a cualquier precio. El 25 de julio la situación era tan tensa que en Londres se temió un ataque sorpresa alemán contra la Royal Navy, que fue alertada.

Eyre Crowe afirmó que, si Francia aceptaba las condiciones alemanas, no se trataría solo de una renuncia a ciertos intereses o de una pérdida de prestigio, sino de una derrota con todas sus consecuencias, una opinión que compartía también Sir Arthur Nicolson: *“If Germany saw the slightest weakening on our part, her pressure on France would become intolerable to that country who would have to fight or surrender. In the latter case German hegemony would be solidly established, with all its consequences immediate and prospective”*⁴⁷.

Rusia no tenía ningún interés en la cuestión marroquí y no deseaba verse envuelta en una guerra, sobre todo teniendo en cuenta que su ejército necesitaba al menos dos años más para prepararse. Sin embargo, los mismos temores que existían en Londres existían en San Petersburgo y, aunque planteó sus dificultades a Francia, el imperio zarista acabó comprometiéndose a honrar su palabra si fuese necesario.

Austria-Hungría también titubeaba ante la perspectiva de luchar una guerra por Marruecos, aunque, al igual que Rusia, prometía que cumpliría sus compromisos. Esto, sumado al apoyo mostrado a Francia por Gran Bretaña comenzó a hacer mella en la determinación de los diplomáticos alemanes, que se dieron cuenta que si seguían presionando podían acabar provocando una guerra con Francia, Gran Bretaña y probablemente Rusia. Marruecos no valía tanto y, poco a poco, las posiciones se fueron acercando.

A pesar de todo, las negociaciones fueron complejas, pues tanto el gobierno francés como el alemán eran rehenes de sus respectivas opiniones públicas, que exigían firmeza. A mediados de agosto, Kiderlen y el embajador francés, Jules Cambon, reconocieron que la situación era grave, pues seis propuestas francesas y siete contrapropuestas alemanas habían sido rechazadas. Las conversaciones se suspendieron entonces y se fijó la fecha del 1 de septiembre para retomarlas; cuando, llegado el día, las conversaciones no se retomaron, la bolsa de Berlín colapsó y los depositantes retiraron su dinero de los bancos. No sabían que el retraso se debía a una ligera indisposición del embajador francés.

Con la presión aumentando por todas partes y la perspectiva de que Alemania tendría que ir a la guerra por Marruecos o ceder ante Francia, Kiderlen aceptó conformarse con una compensación en el Congo que no llegaba ni a la mitad de lo exigido inicialmente. Francia y la Entente habían conseguido una victoria sobre Alemania, cuyo Secretario de Estado para las Colonias dimitió por confesarse incapaz de defender el acuerdo ante el *Reichstag*.

⁴⁷ MacMillan, Margaret, *The War that Ended Peace*, Profile Books, Londres, 2013, p. 424.

5.6. Las guerras balcánicas

La última crisis antes de la definitiva llenó los años 1912 y 1913, y tuvo lugar, una vez más, en los Balcanes.

En otoño de 1912, Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro declararon la guerra al Imperio Otomano, consiguiendo rápidamente varias victorias de importancia y empujando a los turcos hacia Constantinopla. Los avances de los estos países, en especial de Serbia, eran vistos con preocupación por Austria-Hungría, que barajaba la posibilidad de intervenir. A su vez, las intenciones austrohúngaras preocupaban a Rusia, que no estaba dispuesta a ver a cómo sus protegidos y ella misma eran humillados por Viena.

Una vez más, cada uno de los bloques hizo recuento de fuerzas. Alemania apoyaba a Austria-Hungría y prometía defenderla si era atacada por Rusia. Por su parte, Gran Bretaña convocó una conferencia para discutir la situación, pero advirtió también al embajador alemán de que no permitiría la destrucción de Francia si se llegaba a la guerra.

Durante las reuniones de la conferencia, cada punto de resistencia parecía que traería la guerra. Las familias alemanas que vivían en el Este del imperio huyeron hacia el Oeste, la bolsa cayó y tanto Rusia como Austria-Hungría movilizaron tropas. Finalmente, en mayo de 1913 se firmó el Tratado de Londres, que creaba una Albania independiente (exigencia austríaca para impedir la salida al mar de Serbia), pero que también ampliaba notablemente los territorios de Serbia y Bulgaria.

La situación empeoró cuando Bulgaria decidió atacar a sus antiguos aliados un mes después de haber firmado el tratado, pues fue derrotada y Serbia ganó aún más territorio en el Tratado de Bucarest. Austria-Hungría tendría que lidiar a partir de entonces con una Serbia muy reforzada.

5.7. El estallido de la Primera Guerra Mundial

El atentado de Sarajevo, el 28 de junio de 1914, no tenía nada en sí mismo que hiciera inevitable una guerra europea. Lo que hizo que la muerte del archiduque Francisco Fernando y su mujer acabara dando lugar a lo que hoy conocemos como Primera Guerra Mundial, fue la decisión austríaca de aprovechar la circunstancia para acabar con el problema serbio, la voluntad rusa de no echarse atrás esta vez y el equilibrio de poder.

No fue, como se ha dicho muchas veces, el juego de las alianzas lo que provocó la implicación en la guerra de todas las potencias, sino las exigencias de un equilibrio de poder cada vez menos flexible. En primer lugar porque es evidente que Rusia no estaba aliada con Serbia, ni Gran Bretaña con Rusia o Francia. Y, en segundo lugar, porque la fuerza de obligar de las alianzas, más que de su carácter jurídico, procedía de su carácter necesario en el contexto del equilibrio.

Si en las crisis anteriores las grandes potencias habían tenido motivos para no precipitar la guerra, en 1914 algunas circunstancias hacían que esa perspectiva apareciera como más deseable.

Para Austria, el problema serbio se había hecho intolerable tras las guerras balcánicas y de su capacidad para solucionarlo dependía, en opinión de muchos en Viena, la supervivencia del imperio y su estatus de gran potencia. El atentado de Sarajevo, cometido con apoyo de los servicios secretos serbios, era un *casus belli* ideal

para los partidarios de una solución militar y, además, dio lugar a una ola de simpatía y comprensión hacia los Habsburgo en Europa que parecía prometer que el resto de potencias no pondrían excesivas trabas a la operación.

Rusia, en esta ocasión, decidió permanecer firme en el apoyo a Serbia, aunque lo cierto es que no fue el Zar quien declaró la guerra a Alemania y que, durante algún tiempo, una vez empezada la guerra, las negociaciones con Austria-Hungría prosiguieron. ¿Pero por qué arriesgó tanto Rusia? ¿Por qué antes no y en 1914 sí?

La única respuesta razonable es que Rusia fue a la guerra para mantener su prestigio; prestigio ante los eslavos, pero, sobre todo, prestigio ante las grandes potencias. En 1905, Rusia había sido humillada por Japón, en 1908 por Austria-Hungría a raíz de la anexión de Bosnia y en 1913 tampoco había podido hacer nada por evitar que Austria-Hungría se apuntase un tanto a costa de Serbia, obligándola a abandonar Albania. Otro golpe semejante podría haber sido fatal y, desde luego, para buena parte de la élite rusa era en todo caso inaceptable.

Por otra parte, el ejército ruso se encontraba en 1914 en mejores condiciones que en 1908 o 1912. A lo largo de 1913, y en parte como consecuencia de las tensiones de los años precedentes, el Zar aprobó una serie de programas de modernización impulsados por el ministro Sukhomlinov, que tenían por objetivo incrementar el número de efectivos en casi medio millón de hombres hasta 1917, proporcionar una red de ferrocarriles adecuada en las fronteras occidentales del imperio, mejorar enormemente las capacidades de la artillería rusa, e incluso dotarse por primera vez de aviones. Aunque este programa nunca llegó a completarse, lo cierto es que para 1914 los fondos franceses y la voluntad rusa de no perder su condición de gran potencia habían conseguido poner al ejército zarista en la senda de una clara modernización.

Alemania apoyó a Austria en un primer momento para conseguir que su único aliado obtuviese un triunfo importante que lo reforzase y lo revalorizara a ojos de las otras potencias, lo que indirectamente reforzaría también a Alemania. Con un poco de suerte, era incluso posible que los rusos volvieran a aceptar el hecho consumado del sometimiento de Serbia y que, al hacerlo, la alianza con Francia saliera muy debilitada. Según se fue complicando la crisis, la perspectiva de obtener un triunfo a la manera de 1908 se fue disipando, pero para entonces Alemania ya no podía frenar a su aliado, y se vio arrastrada por éste a la guerra.

En la decisión alemana de ir a la guerra hay que tener en cuenta, además, otro factor. En 1914, hacía ya muchos años que Alemania había aceptado que, en caso de guerra, Alemania tendría que hacer frente a Rusia y Francia al mismo tiempo. Para conjurar la amenaza, Alfred von Schlieffen, jefe del Estado Mayor alemán entre 1891 y 1906, ideó un plan que con el tiempo se haría famoso. Partiendo de la base de que Rusia tardaría en movilizar sus efectivos y de que éstos no estaban tan bien equipados como los franceses, Schlieffen proponía dejar una muy débil pantalla en el frente oriental, donde además no había grandes objetivos estratégicos, y atacar a Francia en primer lugar con casi todas las fuerzas disponibles. Una vez derrotados los franceses, el ejército alemán se encargaría de lidiar con Rusia.

El plan Schlieffen acabó de elaborarse en 1905 y hay pocas dudas de que, en aquel momento, hubiera funcionado. Pero, como hemos dicho, en 1914 Rusia se había recuperado mucho de su derrota a manos de Japón y el imperio zarista había mejorado notablemente su capacidad de movilización y sus fuerzas armadas.

En Alemania los mandos militares veían con creciente preocupación esta recuperación rusa, que amenazaba con hacer inviable en pocos años su plan de guerra. El jefe del Estado Mayor alemán, Helmuth von Moltke expresaba a menudo esta preocupación y, en los días siguientes al atentado de Sarajevo, no cesó de repetir lo

beneficioso que sería luchar en aquel momento. Pero no solo en el ejército se mantenía esta visión. En una conversación con Max Warburg, un importante banquero, el Káiser comentó lo preocupante del rearme ruso que, en su opinión, no era más que la preparación de una guerra que podría comenzar en torno a 1916 y que, a lo mejor, atacar primero era preferible a esperar⁴⁸. Para Alemania, 1914 fue la última oportunidad de hacer una guerra preventiva para evitar la modernización de un enemigo con el que pensaba que estaba condenado a enfrentarse en algún momento.

En lo que respecta a Francia, debemos decir que es cierto que, desde el momento en que Alemania declaró la guerra a Rusia, no podía permitirse permanecer de brazos cruzados viendo cómo destrozaban a su compañero de alianza. Sin embargo, si Alemania fue culpable de no frenar a su aliado, la misma responsabilidad puede achacársele a Francia por no frenar al suyo. Probablemente, lo templado del apoyo que se habían prestado mutuamente durante las últimas crisis y la mayor confianza de los estados mayores, influyó en el hecho de que Francia concediera mayor libertad de acción a Rusia en esta ocasión.

Por último, hay que analizar por qué entró en la guerra Gran Bretaña, pues en 1914 ninguno de los acuerdos firmados por Londres obligaban a Gran Bretaña a entrar en la guerra que se avecinaba salvo, quizás, si se violaba la neutralidad de Bélgica.

Cuando el gabinete británico se reunió el 24 de julio, un día después de la entrega a Serbia del ultimátum austro-húngaro, el tema a tratar era Irlanda. Solo en el último momento Sir Edward Grey hizo un breve repaso de la situación en los Balcanes. Esa misma noche, el Primer Ministro, Herbert Asquith, escribió a su amante, Venetia Stanley: *“we are within measurable or imaginable distance of a real Armageddon. Happily, there seems to be no reason why we should be anything more than spectators”*⁴⁹. Menos de dos semanas después de escribir esto, Asquith vería a Gran Bretaña convertirse en uno de los personajes principales del drama que iba a iniciarse en Europa.

El día 29 de julio las razones que empujaron a Gran Bretaña a entrar en la guerra empezaron a aclararse. En primer lugar, el gabinete acordó que la cuestión de una hipotética violación de la neutralidad belga sería *“one of policy rather than of legal obligation”*⁵⁰, lo que dejaba claro que el Tratado de Londres de 1839 no se veía como algo que impusiera una obligación de intervenir. Por otra parte, Grey llamó al embajador alemán, Lichnowsky, para decirle que Gran Bretaña podría permanecer neutral mientras el conflicto fuera únicamente austro-ruso, pero que si Francia y Alemania se veían involucradas, los intereses británicos estarían en peligro, pues no podía tolerarse ninguna amenaza a la condición de gran potencia de Francia.

De acuerdo con un documento publicado recientemente por el Daily Telegraph, el día 2 de julio Sir Edward Grey mantuvo una conversación con Jorge V en la que le confesaba que el gabinete no había encontrado todavía una razón para entrar en la guerra. El monarca, alegando que no se podía permitir que Alemania barrierse a Francia si se quería evitar que obtuviese la completa dominación de Gran Bretaña, replicó: *“you have got to find a reason, Grey”*⁵¹.

En resumidas cuentas, el temor británico no era otro que el que la había llevado a financiar cuantas coaliciones hicieron falta contra Napoleón: el verse aislada y sin aliados en una Europa dominada por una poten-

⁴⁸ MacMillan, *Op.cit.*, p. 525.

⁴⁹ Massie, *Op.cit.*, p. 879.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 884.

⁵¹ Sing, Anita, *Revealed: how King George V demanded Britain enter the First World War*, Daily Telegraph, 26 de julio de 2014.

cia hegemónica. Así lo reconoció Sir Edward Grey en su discurso a los comunes del 3 de Agosto, cuando explicó que si se quería evitar que una potencia amenazase en el futuro a Gran Bretaña, no se podía permanecer neutral en la guerra que se avecinaba: *"I do not believe for a moment that at the end of this war, even if we stood aside and remained aside, we should be in a position, a material position, to use our force decisively to undo what had happened in the course of the war, to prevent the whole of the west of Europe opposite to us -- if that had been the result of the war -- falling under the domination of a single power"*⁵².

El hecho de que Alemania se decidiera a invadir Bélgica tras la negativa del país a dar paso libre a las tropas alemanas, facilitó enormemente la labor de los que en el gabinete abogaban por la intervención, pero lo cierto es que Gran Bretaña, como Alemania, se decidió por una guerra preventiva en nombre del equilibrio de poder.

5.8. Resumen del periodo

En pocas palabras, podemos caracterizar el cuarto de siglo que va desde la caída de Bismarck hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial como el periodo que vio el nacimiento y el desarrollo de un verdadero equilibrio de poder en Europa, que quedó dividida en dos campos: Entente y Triple Alianza.

Gran Bretaña se mantuvo oficialmente al margen, manteniendo teóricamente su capacidad para decidir a quién debía apoyar en las crisis que pudieran surgir, pero la realidad y la magnitud del desafío alemán la fueron llevando cada vez con más claridad al campo de la Entente. En 1914 la independencia británica era meramente teórica y, aunque Raymond Aron sostiene que cuando estalló la Primera Guerra Mundial existía un equilibrio multipolar en Europa, nosotros creemos que debe hablarse de un sistema bipolar.

Este sistema de equilibrio funcionó. En cada nueva crisis las potencias hacían recuentos de efectivos, la disposición de sus aliados y el estado de su reputación, para, en base a eso, decidir cuánto podían arriesgar. A diferencia de otras épocas, en las que consideraciones ajenas al equilibrio de poder jugaban también un papel importante a la hora de definir las políticas de las diferentes potencias, tras la caída de Bismarck la correlación de fuerzas se convirtió en la principal consideración de los líderes europeos, como demuestra el hecho de que Rusia fuera capaz de obviar lo que la separaba de Francia o que Gran Bretaña solucionara en espacio de tres años las diferencias que durante un siglo la habían mantenido enfrentada a Francia y Rusia.

Sin embargo, aunque la dinámica de equilibrio fuese capaz de evitar la guerra en varios momentos de crisis durante los primeros años del siglo XX, las tensiones no hicieron sino aumentar; los problemas no se solucionaban sino que se enquistaban y entre los líderes políticos y militares europeos se extendía la sensación de que, en algún momento, habría que recurrir a una guerra que sirviera para establecer un nuevo comienzo. Sus previsiones se hicieron realidad en el verano de 1914.

Conclusiones

Después de este somero repaso de la historia diplomática europea del siglo XIX, estamos por fin en condiciones de valorar lo acertado de nuestras hipótesis.

⁵² Mombauer, Annika, *The origins of the First World War. Diplomatic and military documents*, Manchester University Press, Manchester 2013, p. 547. Grey to the House of Commons, 3 August 1914.

Sobre la primera de ellas dijimos que era de tipo histórico y que consistía en demostrar que el siglo XIX, contra lo que se ha dicho a menudo, no fue un periodo de estabilidad que debamos agradecer al equilibrio de poder diseñado en el Congreso de Viena. Creemos que hemos reunido evidencias suficientes para demostrar que no íbamos desencaminados.

Decíamos en la introducción que, para poder hablar de un sistema de equilibrio, las normas propias del equilibrio tienen que ser las que rijan predominantemente la conducta de los actores principales. Pues bien, a lo largo del siglo XIX, esto solo se dio claramente en el periodo que va de la caída de Bismarck a la Primera Guerra Mundial.

Al contrario de lo que sucedería en los años previos a 1914, entre 1815 y 1871 ninguna potencia tuvo que renunciar a llevar a cabo acciones de política exterior que estimaba necesarias por el hecho de que se formara un bloque opositor que lo evitara. La excepción sería la Guerra de Crimea, pero atendiendo a las consecuencias que tuvo, no se puede decir que el mecanismo de equilibrio rindiera en esta ocasión un gran servicio a Europa.

No observamos que durante los dos primeros periodos que hemos analizado se den importantes carreras de armamentos o exigencias de compensación por los grandes cambios territoriales que se produjeron, en especial las unificaciones de Alemania e Italia. Desde la perspectiva del equilibrio, Dinamarca, Austria o Francia deberían haber sido compensadas por las pérdidas que sufrieron a manos de Bismarck y Cavour; quizás incluso Rusia y Gran Bretaña podrían haber exigido algo a cambio de su beneplácito a unos cambios sustanciales de lo pactado en 1815. Pero nada de esto ocurrió. Lo único que podría parecerse, la anexión de Saboya y Niza por Francia, no puede considerarse una compensación por la formación de una potencia de cierta entidad más allá de los Alpes, sino más bien un regalo de Italia a Napoleón en agradecimiento de la ayuda prestada.

Y tampoco se cumplió algo que Raymond Aron entiende como propio de un sistema de equilibrio complejo: que cada actor principal sea considerado al mismo tiempo como un enemigo y un aliado posible por todos los demás⁵³. Encontrar pautas de comportamiento entre 1815 y 1871 que no encajan en este patrón no reviste especial dificultad. La Rusia imperial, por ejemplo, se negó hasta 1894 a consentir la ejecución de *La Marsellesa* y, desde luego, a considerar una alianza con Francia. Tal vez, de no haber existido Bismarck la hubiera concluido antes pero, en cualquier caso, nunca entre 1815 y 1871, por mucho que hubiera podido tener sentido desde la perspectiva del equilibrio.

Tenemos razones, por tanto, para dudar de que el equilibrio de poder aportase una gran estabilidad a Europa en el periodo 1815-1871 y, si fuéramos más lejos, podríamos incluso poner en duda que hubiese un verdadero “sistema” de equilibrio; como mucho un cierto interés de los Estados por evitar grandes alteraciones siempre que pudieran conseguirlo a un coste razonable.

No obstante, tampoco sería justo no hacer ninguna diferencia entre los dos periodos. En nuestra opinión, entre 1815 y 1853 no hizo falta utilizar los mecanismos de equilibrio, mientras que entre 1853 y 1871 los mecanismos de equilibrio fallaron. El atractivo de la idea de un sistema de equilibrio radica en su pretendido automatismo: de diseñarse correctamente un sistema de equilibrio, un intento de alterarlo activará automáticamente un mecanismo defensivo que impedirá que eso suceda o que introducirá una serie

⁵³ Aron, Raymond, *Op.cit.*, p. 185.

de correcciones para mantener la misma correlación de fuerzas que existía antes de la alteración. Pues bien, lo que demuestra el periodo 1853-1871 es que ese automatismo no existe. En el ámbito militar se ha acuñado el aforismo de que ningún obstáculo es tal si no está batido por el fuego; de forma similar, podríamos decir que ningún sistema de equilibrio es tal si los participantes en él no están dispuestos a asumir los costes que conlleva hacerlo respetar o vislumbran la posibilidad de conseguir más beneficios alterándolo.

En el tercer periodo que hemos estudiado nos parece que la estabilidad se debe a las políticas de Otto von Bismarck, más que a la situación de equilibrio que pudiera darse. Con Gran Bretaña poco propensa a intervenir en los asuntos del continente, la alianza de Alemania, Rusia y Austria dejaba poco espacio para las políticas de equilibrio.

Más que un ejemplo de equilibrio, la etapa bismarckiana puede considerarse un buen ejemplo de cómo prevenir su funcionamiento. Tras derrotar militarmente a dos de las grandes potencias y convertir la Confederación Germánica en un imperio dirigido desde Berlín, el nacimiento de Alemania parecía destinado a unir al resto de potencias en un bloque de contención, pero la hábil política de Bismarck consiguió evitarlo en beneficio de su emperador.

En apenas dos décadas, Prusia jugó los papeles de potencia conservadora que aceptaba la predominancia austríaca, potencia revisionista capaz de alterar radicalmente el mapa de Europa y, nuevamente, de potencia saciada y conservadora del *status quo*. La dinámica es habitual en cualquier proceso revolucionario exitoso y conviene tenerla en cuenta, pues nuestros días están asistiendo a la emergencia de nuevas potencias que, como Prusia a partir de 1860, intentarán transformar un orden diseñado hace casi 70 años que no les reconoce el lugar que realmente ocupan en la sociedad internacional.

Finalmente, la caída de Bismarck introdujo a Europa en un escenario de equilibrio que, esta vez, sí fue operativo. Las consecuencias, sin embargo, fueron catastróficas y la creciente tensión causada por el enfrentamiento de bloques condujo al estallido de la Primera Guerra Mundial.

La segunda hipótesis era de tipo teórico y se resumía en la afirmación de que los sistemas de equilibrio de poder no solo no generan estabilidad, sino que, además, generan inestabilidad. Quizás sea esta una hipótesis que convendría estudiar en un periodo de tiempo más largo que el analizado en este trabajo, pero nos parece que, a pesar de todo, hemos reunido suficiente material para fundamentarla.

Un defensor del equilibrio de poder como Morgenthau reconoce que lo que él llama “la edad de oro del equilibrio de poder” fue una continua sucesión de guerras: “*Universal dominion by one state was prevented only at the price of warfare, which from 1648 to 1815 was virtually continuous and that in the twentieth century has twice engulfed practically the whole world*”⁵⁴. También en el siglo XIX hemos visto que las guerras fueron un fenómeno recurrente en Europa y la satisfacción que muestran algunos por el hecho de que solo en Crimea se enfrentaran más de dos grandes potencias, no nos parece muy justificada sabiendo lo que costaron las guerras en las que “solo” dos potencias se vieron involucradas.

Según Morgenthau, esto se explicaría porque la estabilidad no es el único objetivo del equilibrio. Si el único objetivo del sistema internacional fuese la estabilidad, “*it could be achieved by allowing one element to*

⁵⁴ Morgenthau, *Op.cit.*, p. 222.

*destroy or overwhelm the others and take their place*⁵⁵o, dicho de otra manera, estableciendo un régimen hegemónico. Pero es que, además de la estabilidad, el equilibrio persigue también la preservación de todos los elementos del sistema.

Hedley Bull se muestra de acuerdo con el pensador alemán y afirma que la principal función del equilibrio de poder *“is not to preserve peace but to preserve the system of states”*⁵⁶. Pero de lo que hemos estudiado tampoco se concluye que se lograra este segundo objetivo. Parma, Módena, Toscana, las Dos Sicilias, los Estados Pontificios y todos los Estados alemanes desaparecieron en el siglo XIX sin que el equilibrio diseñado en Viena pudiera hacer nada por impedirlo.

A diferencia de Morgenthau, que, coherentemente, considera que algo como la partición de Polonia fue una ruptura de los principios del equilibrio, Bull no ve nada que invalide la teoría del equilibrio de poder en el hecho de que desaparezcan los Estados pequeños, pues defiende, apenas unas líneas después de decir que el objetivo del equilibrio es la preservación del sistema de Estados, que es parte de la lógica del equilibrio de poder *“that the needs of the dominant balance must take precedence over those of subordinates balances and that the general balance must be prior in importance to any local or particular balance”*⁵⁷. De aquí a decir abiertamente que está en la lógica del equilibrio de poder que los intereses de los pequeños se subordinen a los de los grandes, hay un paso.

Bull se conforma también con decir que es “una paradoja” que el equilibrio de poder sea una condición indispensable para el funcionamiento de la ley internacional y que, al mismo tiempo, el mantenimiento del equilibrio de poder exija, a veces, ignorar la ley internacional. Dado que una potencia hegemónica podría saltarse la ley sin que nadie fuera capaz de imponérsela –explica–, es necesario que haya un equilibrio que permita, llegado el caso, forzar a cualquier potencia a cumplir la ley. Lo que sucede es que, en un sistema de equilibrio, nadie actúa para mantener la ley sino únicamente para mantener el equilibrio. Mientras éste no se vea alterado o se den las compensaciones que se estimen convenientes, la ley se violará sin que ello genere el menor problema.

Y si la guerra es un instrumento aceptado del equilibrio de poder, si pertenece a la lógica del equilibrio de poder que los grandes devoren a los pequeños conforme lo vaya exigiendo el equilibrio dominante y si en nombre del equilibrio se pueden violar las leyes, ¿cómo puede considerarse que los sistemas de equilibrio generan estabilidad? ¿Acaso se considera que la estabilidad consiste únicamente en mantener una correlación de fuerzas determinada a través del tiempo? De ser así estaríamos ante un absurdo, pues el mantenimiento de un equilibrio de fuerzas no puede ser un fin en sí mismo, tiene que servir a algo si no quiere verse reducido únicamente a una cuestión de estética.

Raymond Aron niega que las potencias quisieran mantener el equilibrio por el equilibrio y advierte que “suponer implícitamente que los Estados tienen por objetivo la defensa y la puesta en marcha de un sistema es volver, por otro camino, al error de ciertos teóricos de la política del poder: confundir el cálculo de los medios o el marco de la decisión, con el fin en sí mismo”⁵⁸. Pero si se reconoce que el equilibrio no impide que los Estados pequeños desaparezcan, que se violen las leyes o que las potencias se hagan la guerra, ¿cuál es el objetivo del equilibrio? Francamente, no se nos ocurre ninguna forma de definir la estabilidad en el contexto

⁵⁵ *Ibid.*, p.189.

⁵⁶ Bull, *Op.cit.*, p. 103.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 104.

⁵⁸ Aron, *Op.cit.*, p. 177.

internacional que no pase por mantener la paz y la independencia de los Estados y, dado que hemos demostrado que el equilibrio fue incapaz de hacerlo e incluso se nos dice que no tiene por qué hacerlo, creemos que resulta claro que el equilibrio no genera estabilidad. Ahora bien: ¿genera además inestabilidad?

Tal vez seríamos más precisos si dijésemos que la *realpolitik*, la idea de que solo el poder da y quita razones en política internacional, genera inestabilidad. No obstante, el equilibrio de poder es, como dijimos, una consecuencia necesaria de las políticas de poder, algo así como el mecanismo de funcionamiento de una sociedad internacional basada en las relaciones de poder y, por ello, podemos hacer extensivo al equilibrio lo que afirmamos de la *realpolitik*.

Las razones que nos llevan a pensar que la *realpolitik* y el equilibrio de poder generan inestabilidad son numerosas.

La primera es que es complicado fundar algo estable sobre algo que es esencialmente cambiante como el reparto de fuerzas en un determinado escenario. Morgenthau reconoce esto y admite que es una “inevitable contradicción interna del equilibrio de poder”. “*Since the weights that determine the relative position of the scale have a tendency to change continuously by growing either heavier or lighter, whatever stability the balance of power may achieve must be precarious and subject to perpetual adjustment in conformity with intervening changes*”⁵⁹.

El país que con más devoción ha seguido los principios del equilibrio de poder ha sido Gran Bretaña y, por ello, su política ha sido tradicionalmente cambiante, generadora de incertidumbres y causa de rencores profundos en los amigos que, una vez utilizados, veían como de la noche a la mañana eran abandonados o incluso incluidos en el bloque de los enemigos.

Así, Gran Bretaña era aliada de Rusia en 1814, firmó una alianza defensiva contra Rusia en enero de 1815 y volvió a ser aliada de Rusia en el mes de marzo, cuando Napoleón volvió a París. De igual manera, Gran Bretaña entró en guerra con España en 1804, fue su aliada entre 1808 y 1814 y en 1822 estaba intentando evitar que recuperase América, sin que importasen los títulos que nuestro país pudiese tener. Y lo más llamativo es que todos estos cambios de la política británica hacia Rusia y España no vinieron dados por cambios en las políticas rusas o españolas hacia Gran Bretaña, sino por la política de un tercer país –Francia–, de la que ni Rusia ni España podían ser responsables.

La fidelidad británica al principio de equilibrio por encima de cualquier otro es sorprendente y rastreable a lo largo de toda su historia moderna. Guillermo de Orange, que encabezó las coaliciones que se formaron contra el expansionismo de Luis XIV, dijo una vez que si hubiera nacido en 1550, cuando la amenaza venía de España, hubiese sido tan francés como entonces era español. En 1856, Palmerston explicaba que la política británica “*is to do what may seem to be best, upon each occasion as it arises, making the interest of our country one’s guiding principle*”⁶⁰. Y Grey, cincuenta años más tarde, vendría a decir lo mismo: “*British Foreign Ministers have been guided by what seemed to them to be the immediate interest of this country, without making elaborate calculations for the future*”⁶¹.

⁵⁹ Morgenthau, *Op.cit.*, pp. 193-194.

⁶⁰ Kissinger, *Op.cit.*, p. 95.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 95-96.

El problema reside en que, a falta de principios estables y de políticas continuadas en el tiempo, la incertidumbre se apodera de los actores internacionales; a la incertidumbre sigue la desconfianza y a la desconfianza la hostilidad.

Como decía el padre Ribadeneyra, en una obra escrita para oponerse a Maquiavelo, “¿qué vecino se fiará de su vecino, qué mercader de otro mercader, qué deudo de su deudo o qué amigo de su amigo, si no es presu-poniendo que le trata de verdad y que le ha de cumplir su fe y palabra y que su sí es sí y su no es no?”⁶² Podríamos continuar: ¿qué Estado tratará de resolver sus diferencias con otro Estado mediante la negociación, si no puede fiarse de él? ¿Quién será tan loco de concluir un tratado? Al final, en un mundo en el que impere la desconfianza la fuerza será el único árbitro respetado y los equilibrios de fuerza que puedan formarse siempre serán precarios.

La única posibilidad de construir un sistema internacional estable pasa por encontrar bases estables sobre las que fundarlo. Esas bases no pueden ser más que principios aceptados y compartidos por todos los actores, pues, a diferencia de la distribución del poder, constantemente cambiante, los principios permanecen y otorgan predictibilidad y continuidad a las políticas.

Los grandes teóricos del realismo se dieron rápidamente cuenta de esto y, por esa razón, es posible encontrar en sus escritos referencias a la importancia de que el equilibrio de poder esté modulado por principios comunes. Lo veíamos en Kissinger, cuando comentábamos su análisis sobre el desorden que se desató tras la Guerra de Crimea, pero podríamos citar también a Morgenthau que es igual de claro y que llega a reconocer que, a falta de un consenso moral, “*the balance of power is incapable of fulfilling its function for international stability and national independence*”⁶³.

Sin embargo, estos mismos autores son los que llamaban fanático a Fernando II por seguir una política de principios durante la Guerra de los Treinta Años y alababan la perspicacia de Richelieu; los mismos que dicen que todo lo que no sea operar en política internacional según marquen los intereses nacionales, entendidos éstos en términos de poder, es una desviación de lo racional y los mismos que mantienen que el Estado no tiene el derecho de abstenerse de llevar a cabo una acción política efectiva en atención a principios morales.

Nos parece, además, que al tratar de conjugar el equilibrio de poder con una política de principios, se intenta lograr algo que las más de las veces es imposible. Desde el momento en que la *realpolitik* se introduce en el sistema, es cuestión de tiempo que todos los participantes se vean forzados a adoptar sus reglas y a poner en segundo plano los vínculos morales que puedan tener. Como cuenta Kissinger, lo que pasó tras la Guerra de los Treinta Años fue exactamente esto. A largo plazo, es imposible el mantenimiento de un sistema fundado sobre dos principios contradictorios: el principio poder y el principio moral. Uno de los dos ha de prevalecer, y se requieren gobernantes muy virtuosos para que sea el segundo.

Que una potencia como la Rusia imperial acabara aliada con la República Francesa y en guerra con Alemania y Austria-Hungría, con las que tenía mucho más en común, demuestra hasta qué punto las exigencias del equilibrio acabaron por distorsionar unas relaciones que, a juzgar por las afinidades políticas y sociales, podrían haber sido muy buenas. Y, yéndonos un poco más atrás, veríamos también que la obsesión de Francia por su seguridad la llevó a hacer la guerra a los Habsburgo durante dos siglos, a pesar de que España y el

⁶² Pedro de Ribadeneyra. *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus Estados. Contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de este tiempo enseñan*, Madrid, 1595.

⁶³ Morgenthau, *Op.cit.*, p. 239.

Sacro Imperio eran dos monarquías católicas, como Francia, y de que ninguna de las dos abrigaba ambiciones territoriales en Francia. Júzguese a la luz de estos hechos si el equilibrio de poder desestabiliza.

Se nos podrá decir que nunca ha habido un sistema movido únicamente por consideraciones de justicia y legitimidad, y es cierto. Pero también lo es que hasta el siglo XVII existía en Europa cierta ortodoxia pública que veía con malos ojos la persecución del poder por el poder y se escandalizaba de que el rey de Francia se aliase con el Turco. Esto, qué duda cabe, moderaba los efectos perniciosos de las políticas de base maquiavélica.

Una segunda razón por la que el equilibrio de poder es, en nuestra opinión, causa de inestabilidad es que los sistemas de equilibrio de poder tienden a perpetuar los problemas. En un interesante artículo, titulado *Give War a Chance*, Edward N. Luttwak argumenta que, aunque la guerra es un gran mal, tiene la gran virtud de resolver conflictos políticos y llevar a la paz. Para que esto suceda –dice Luttwak– “*the fighting must continue until a resolution is reached*”⁶⁴. Luttwak se queja de que, desde la creación de las Naciones Unidas, los conflictos suelen ser interrumpidos antes de alcanzar una decisión militar, lo que favorece que ambas partes se recuperen de sus pérdidas y que, al no haber conseguido sus objetivos, vuelvan a iniciar el enfrentamiento en poco tiempo. En un modelo de equilibrio a menudo ocurre también esto.

Morgenthau reconoce que los conflictos entre 1648 y las Guerras Napoleónicas se caracterizaron por su indecisión⁶⁵. Y tampoco es difícil encontrar casos en el periodo 1815-1914.

Las guerras que acompañaron a la descomposición del imperio otomano son un buen ejemplo. A menudo se recurría a soluciones terriblemente inestables, como que Austria ocupara Bosnia pero que ésta siguiera siendo nominalmente turca, que Bulgaria fuera autónoma pero bajo soberanía otomana o que Rusia tuviese reconocidos ciertos derechos de protección sobre los principados de Valaquia y Moldavia sin que por ello dejaran de ser turcos. Además, las intervenciones de las potencias en los conflictos ruso-turcos condujeron habitualmente a que San Petersburgo tuviera que hacer concesiones para que sus conquistas fuesen aceptadas por el resto de Europa, lo que, naturalmente, dejaba a Rusia insatisfecha y con aspiraciones de aprovechar la siguiente oportunidad para recuperar las ganancias a las que había tenido que renunciar.

Lo mismo podría decirse en el caso de los conflictos entre Italia y Austria, que siempre tenían como resultado la renuncia de Austria a algún territorio pero nunca la consecución por Italia de todos sus objetivos. En 1859, Italia tuvo incluso que entregar territorios a Francia como pago de la aprobación francesa a sus anexionaciones, algo también importante porque pone de manifiesto que, en un modelo de equilibrio, la solución de un conflicto puede tener que hacerse a costa de generar otro.

Una tercera observación que viene a corroborar nuestra tesis y que ya hemos comentado es que en un sistema de equilibrio de poder los participantes van perdiendo progresivamente margen de maniobra. Todo sistema de equilibrio supone un principio de oposición, de enfrentamiento. En este contexto, la seguridad adquiere un lugar primordial entre las preocupaciones de las diferentes potencias y el valor de los aliados se mide por su capacidad de aportar ayuda en caso de peligro (poder) y también por su fiabilidad como socio, es decir, por su disposición para cumplir con sus obligaciones convencionales. Cada crisis se convierte entonces en una prueba en la que ambos bloques miden sus fuerzas e intentan debilitar al contrario, pero en la que cada par-

⁶⁴ Luttwak, Edward N., *Give War a Chance*, Foreign Affairs, Julio/Agosto 1999, p. 36.

⁶⁵ Morgenthau, *Op.cit.*, p. 238.

ticipante evalúa también la fiabilidad de sus aliados. Esto hace que nadie pueda permitirse demasiados pasos atrás ni flaquear en el respaldo a sus socios.

En el sistema de equilibrio post-bismarckiano, las crisis provocadas por esta rivalidad se multiplicaron y la sensación de que un día vendría un conflicto era permanente. A veces eran crisis bastante artificiales, provocadas únicamente con el fin de probar la resistencia del bloque contrario y debilitarlo, como las crisis de Marruecos de 1905 y 1911; otras, en cambio, surgían como conflictos entre Estados pequeños en las que alguna de las potencias entendía que se jugaba su prestigio. Esto a menudo se presenta como una irracionalidad propia de una época en la que políticos de salón regían los destinos del mundo, pero no se puede olvidar que el prestigio es un activo esencial en un sistema basado en el poder, pues influye en la valoración de nuestras capacidades que van a hacer las demás potencias y, por tanto, en nuestras posibilidades de encontrar aliados o en la importancia que otros gobiernos van a dar a nuestras acciones (o inacciones).

La paz dependía de que siempre hubiera alguien dispuesto dar marcha atrás en su desafío antes de que las cosas fueran demasiado lejos. Durante la crisis de 1912, Kiderlen, Secretario de Asuntos Exteriores alemán, escribió: “todo esto es un farol. Es la tercera vez que lo veo: Algeciras, Marruecos y ahora esto. Uno siempre trata de engañar al otro con un farol. Solo podría estallar una guerra si alguien fuera tan tonto como para no saber cuándo echarse atrás y, francamente, no considero que ninguno de los líderes que vienen sea tan burro”⁶⁶. Lo que Kiderlen no veía es que cada vez que alguien se tragaba su orgullo, el margen de maniobra para volver a hacerlo en la siguiente ocasión sin dañar irremediamente la credibilidad de su alianza disminuía.

En 1878, el intento de Bismarck de moderar las aspiraciones rusas tras la guerra con Turquía provocó que el Zar abandonara la alianza firmada en 1873. En 1905 y 1911 Alemania había tratado de debilitar a sus oponentes a cuenta de Marruecos y no había salido bien parada ante la unión de Francia y Gran Bretaña. En 1908 y 1913, Rusia había tenido que hacer concesiones en su política balcánica frente a Austria-Hungría y Alemania. En 1914, ni Austria-Hungría ni Rusia quisieron ceder y ni Alemania ni Francia quisieron sembrar dudas en sus aliados sobre su apoyo.

Organski nos da dos argumentos más para defender que el equilibrio de poder genera inestabilidad.

El primero es una obviedad que, sin embargo, suele pasar desapercibida. *“It stands to reason that nations will not fight unless they believe they have a good chance of winning, but this is truth for both sides only when the two are fairly evenly matched or, at least, when they believe they are. Thus, a balance of power increases the chances of war. A preponderance of power, on the other hand, increases the chances of peace, for the greatly stronger side need not fight at all to get what it wants while the weaker side would be plainly foolish to attempt to battle for what it wants”*⁶⁷. Dicho en castellano: dos no luchan si uno no quiere y para que dos quieran luchar, ambos tienen que pensar que pueden ganar.

El segundo es también de gran interés porque desafía uno de los principales presupuestos de la teoría de equilibrios: el de que la obtención por parte de uno de los miembros del sistema de una posición hegemónica es una amenaza para los demás. Organski afirma contra esto que las naciones dominantes *“have not been the ones to start the major wars that have marked recent history. This role has fallen almost without exception to the weaker side”*⁶⁸. Probablemente, si analizáramos los diferentes conflictos que han tenido lugar

⁶⁶ MacMillan, *Op.cit.*, pag. 545. Traducción propia.

⁶⁷ Organski, *Op.cit.*, p. 293.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 293.

en el marco de un equilibrio de poder encontraríamos casos que confirmarían esta afirmación, otros que la rebatirían y también algunos en los que el que declaró la guerra pensaba ser más fuerte o más débil en relación con los demás de lo que en realidad era.

Estos últimos casos en particular nos interesan mucho porque explican la recurrencia de la guerra preventiva en el marco de los sistemas de equilibrios. La cosa es lógica, pues si la seguridad depende del mantenimiento del equilibrio, en el momento en que una potencia o alianza detecte una tendencia por la que el reparto de poder será cada vez más favorable a sus posibles enemigos, tratará de frenar dicho proceso declarando (o no rehuendo) la guerra mientras todavía tiene esperanzas de ganarla. Hemos visto que esto fue lo que hizo Alemania en 1914 y que este tipo de consideraciones están también detrás de la decisión británica de apoyar a Francia y Rusia.

Una vez más, Morgenthau viene a confirmar nuestra percepción y no tiene empacho en declarar que la guerra preventiva es “*a natural outgrowth of the balance of power*”⁶⁹. La política británica ha tenido tradicionalmente una gran inclinación por este tipo de guerras y, además, ha conseguido elaborar un discurso con el que ha logrado presentarlas como verdaderas heroicidades en interés de la humanidad. Basta leer los discursos de Churchill en vísperas de la Segunda Guerra Mundial⁷⁰. Pero nosotros, aunque reconocemos con Vattel que en algunas circunstancias muy particulares puede estar justificado anticiparse en el ataque, pensamos que la pronunciada tendencia de los sistemas de equilibrio a provocar este tipo de iniciativas bélicas, nos permite decir que generan inestabilidad.

Finalmente, un último argumento: es posible ver también en la historia del siglo XIX europeo cómo las exigencias del equilibrio han llevado a menudo a optar por soluciones que obvian realidades importantes para garantizar la estabilidad. La creación de los Países Bajos en 1815, por ejemplo, juntó forzosamente a belgas y holandeses en el nombre del equilibrio de poder en Europa, pero las grandes diferencias entre los dos grupos de población llevó a que en apenas quince años surgiera una crisis que requirió la implicación de las potencias. La partición de Polonia sin tener en cuenta las opiniones y anhelos de su población tuvo los mismos efectos. Y podríamos analizar hasta qué punto influyó en la política austríaca el miedo a la desafección de algunas provincias italianas o en la política prusiana el miedo a fracasar en la integración de la católica Renania.

Pensamos haber reunido suficientes pruebas para dar por confirmada nuestra hipótesis: el equilibrio de poder es un modelo que no solo no sirve para mantener la estabilidad sino que, además, genera inestabilidad. ¿Cómo es posible entonces que el equilibrio de poder haya gozado de tanto predicamento entre los grandes teóricos de las relaciones internacionales?

Organski aventura que su aceptación se debe, por una parte, al profundo deseo de algunos estudiosos de las relaciones internacionales de tener, como el resto de las ciencias, una ley que puedan llamar propia, y, por otra, a lo útil que resulta considerar el equilibrio de poder como una ley natural de funcionamiento casi automático, pues ello permite trasladar el peso de la responsabilidad moral de los hombros de las naciones a las fuerzas impersonales de la naturaleza.

Sea como sea, es un debate en el que no entraremos ahora. Por el momento quedaremos contentos si hemos logrado convencer al lector de que los periodos prolongados de paz que se vivieron durante el siglo XIX no tu-

⁶⁹ Morgenthau, *Op.cit.*, p. 229.

⁷⁰ Véase, por ejemplo, Churchill, Winston S., *The Second World War*, Vol. I. *The Gathering Storm*, Boston 1948, p. 207 y ss.

vieron como causa principal la existencia de un equilibrio de poder; de que el equilibrio de poder falla a la hora de mantener la estabilidad y de lo que es aún mucho más grave: que el equilibrio de poder genera inestabilidad. Esperamos haberlo logrado en alguna medida y que se nos disculpe si no hemos sabido hacerlo con toda la claridad que hubiéramos querido.

Bibliografía

Arnold, Guy, *Historical Dictionary of the Crimean War*. Scarecrow Press, 2002.

Aron, Raymond, *Paz y guerra entre las naciones*, vol. 1, Alianza Editorial, Madrid 1985.

Badem, Candan, *The Ottoman Crimean War (1853-1856)*, Brill, Leiden, 2010.

Barbé, Esther, *El equilibrio de poder en la Teoría de las Relaciones Internacionales*, Afers Internacionals, nº 11, 1987.

Bridge, F.R., y Bullen, Roger, *The Great Powers and the European States System 1814-1914*, Routledge, Nueva York, 2013.

Bull, Hedley, *The Anarchical Society*, MacMillan Press, Londres 1995

Chapman, Tim, *The Risorgimento: Italy, 1815-187*, Humanities-Ebooks.co.uk. 2008.

Cole Heinowitz, Rebecca, *Spanish America and British Romanticism, 1777-1826*, Edinburgh University Press, 2010.

Duroselle, Jean Baptiste, *L'Europe de 1815 à nos jours*, Presses Universitaires de France, Paris, 1975.

Fortmann, Michel et al., *Balance of Power. Theory and practice in the 21st Century*, Stanford University Press, 2004.

Franzis Pribram, Alfred, *The Secret Treaties of Austria-Hungary 1879-1914*, Harvard University Press, 1921.

Glenny, Misha, *The Balkans 1804-2012. Nationalism, War and the Great Powers*, Granta, Londres, 2012.

Grimes, Shawn T., *Strategy and War Planning in the British Navy 1887-1918*, The Boydell Press, Woodbridge, Suffolk, 2012

Henin, Pierre-Yves, *Le Plan Schlieffen, un mois de guerre, deux siècles de controverses*, Economica, Paris, 2012.

Kissinger, Henry, *Diplomacy*, Symon & Schuster Paperbacks, Nueva York, 1994.

Kissinger, Henry, *A world restored*, Victor Gollancz, Londres 1973.

Lambert, Andrew, *The Crimean War: British Grand Strategy against Russia, 1853-56*, Ashgate Publishing Limited, Farnham ,2011.

Little, Richard, *The Balance of Power in International Relations. Metaphors, Myths and Models*, Cambridge University Press, 2009.

López Jiménez, José Enrique, *Españoles en la guerra de Crimea*, Revista Ejército N° 834 Octubre 2010.

Lutwakk, Edward N., *Give War a Chance*, Foreign Affairs, Julio/Agosto 1999.

MacMillan, Margaret, *The War that Ended Peace*, Profile Books, Londres, 2013.

Massie, Robert K., *Dreadnought, Britain, Germany and the coming of the Great War*, Ballantine Books, Nueva York, 1992

Mombauer, Annika, *The origins of the First World War. Diplomatic and military documents*, Manchester University Press, Manchester 2013.

Morgenthau, Hans Joachim, *Politics among nations*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1985.

Mowat, R. B., *A History of European Diplomacy*, Edward Arnold & Co., Londres 1922.

Nicolson, Harold, *The Congress of Vienna. A study in Allied Unity 1812-1822*, Grove Press, Nueva York, 2000.

Organski, A.F.K., *World Politics*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1966.

Pearce, Robert y Stiles, Andrina, *The Unification of Italy 1815-70*, Hodder Education, London 2008.

Pallain, M. G, *Correspondance inédite du prince de Talleyrand et du roi Louis XVIII pendant le Congrès de Vienne*. E.Plon et cie. París 1881.

Ragsdale, Hugh, *The Russian Tragedy: The Burden of History*, M.E Sharpe, Nueva York, 1996.

Renouvin, Pierre, *Historia de las Relaciones Internacionales*, tomo II, Ediciones Akal, 1990, Madrid,

Ribadeneyra, Pedro de, *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus Estados. Contra lo que Nicolás Machiavelo y los políticos de este tiempo enseñan*, Madrid, 1595.

Rock, K. W., *Schwarzenberg versus Nicholas I, Round One: The Negotiation of the Habsburg–Romanov Alliance against Hungary in 1849*, Austrian History Yearbook, 1970 vol. 6, pag. 119.

Saunders, David, *Russia in the Age of Reaction and Reform 1801–1881*, Longman, London, 1992.

Schroeder, Paul W., *Did the Vienna Settlement rest on a balance of power?* The American Historical Review, Vol. 97, N°3, Junio 1992.

Sheelan, Michael, *The Balance of Power. History and Theory*, Routledge, Nueva York, 2000.

Sing, Anita, *Revealed: how King George V demanded Britain enter the First World War*, Daily Telegraph, 26 de julio de 2014.

Skalnes, Lars S., *Politics, Markets and Grand Strategy. Foreign Economic Policies as Strategic Instruments*. The University of Michigan Press, 2000.

Steinberg, Jonathan, *Bismarck: A life*, Oxford University Press, 2012.

Vattel, Emmerich de, *Le droit des gens ou principes de la loi naturelle appliqués à la conduite et aux affaires des nations et des souverains*, Londres 1758.

Whitehead Lind, Michael, *The American Way of Strategy*, Oxford University Press, 2006

Waltz, Kenneth, *Theory of International Politics*, Addison-Wesley Publishing Company, Reading, Massachusetts, 1979.

Números Publicados

Serie Unión Europea y Relaciones Internacionales

- Nº 1 / 2000 “La política monetaria única de la Unión Europea”
Rafael Pampillón Olmedo
- Nº 2 / 2000 “Nacionalismo e integración”
Leonardo Caruana de las Cagigas y Eduardo González Calleja
- Nº 1 / 2001 “Standard and Harmonize: Tax Arbitrage”
Nohemi Boal Velasco y Mariano González Sánchez
- Nº 2 / 2001 “Alemania y la ampliación al este: convergencias y divergencias”
José María Beneyto Pérez
- Nº 3 / 2001 “Towards a common European diplomacy? Analysis of the European Parliament resolution on establishing a common diplomacy (A5-0210/2000)”
Belén Becerril Atienza y Gerardo Galeote Quecedo
- Nº 4 / 2001 “La Política de Inmigración en la Unión Europea”
Patricia Argerey Vilar
- Nº 1 / 2002 “ALCA: Adiós al modelo de integración europea?”
Mario Jaramillo Contreras
- Nº 2 / 2002 “La crisis de Oriente Medio: Palestina”
Leonardo Caruana de las Cagigas
- Nº 3 / 2002 “El establecimiento de una delimitación más precisa de las competencias entre la Unión Europea y los Estados miembros”
José María Beneyto y Claus Giering
- Nº 4 / 2002 “La sociedad anónima europea”
Manuel García Riestra
- Nº 5 / 2002 “Jerarquía y tipología normativa, procesos legislativos y separación de poderes en la Unión Europea: hacia un modelo más claro y transparente”
Alberto Gil Ibáñez
- Nº 6 / 2002 “Análisis de situación y opciones respecto a la posición de las Regiones en el ámbito de la UE. Especial atención al Comité de las Regiones”
Alberto Gil Ibáñez
- Nº 7 / 2002 “Die Festlegung einer genaueren Abgrenzung der Kompetenzen zwischen der Europäischen Union und den Mitgliedstaaten”
José María Beneyto y Claus Giering
- Nº 1 / 2003 “Un español en Europa. Una aproximación a Juan Luis Vives”
José Peña González
- Nº 2 / 2003 “El mercado del arte y los obstáculos fiscales ¿Una asignatura pendiente en la Unión Europea?”
Pablo Siegrist Ridruejo

- Nº 1 / 2004 “Evolución en el ámbito del pensamiento de las relaciones España-Europa”
José Peña González
- Nº 2 / 2004 “La sociedad europea: un régimen fragmentario con intención armonizadora”
Alfonso Martínez Echevarría y García de Dueñas
- Nº 3 / 2004 “Tres operaciones PESD: Bosnia i Herzegovina, Macedonia y República Democrática de Congo”
Berta Carrión Ramírez
- Nº 4 / 2004 “Turquía: El largo camino hacia Europa”
Delia Contreras
- Nº 5 / 2004 “En el horizonte de la tutela judicial efectiva, el TJCE supera la interpretación restrictiva de la legitimación activa mediante el uso de la cuestión prejudicial y la excepción de ilegalidad”
Alfonso Rincón García Loygorri
- Nº 1 / 2005 “The Biret cases: what effects do WTO dispute settlement rulings have in EU law?”
Adrian Emch
- Nº 2 / 2005 “Las ofertas públicas de adquisición de títulos desde la perspectiva comunitaria en el marco de la creación de un espacio financiero integrado”
José María Beneyto y José Puente
- Nº 3 / 2005 “Las regiones ultraperiféricas de la UE: evolución de las mismas como consecuencia de las políticas específicas aplicadas. Canarias como ejemplo”
Carlota González Láynez
- Nº 24 / 2006 “El Imperio Otomano: ¿por tercera vez a las puertas de Viena?”
Alejandra Arana
- Nº 25 / 2006 “Bioterrorismo: la amenaza latente”
Ignacio Ibáñez Ferrándiz
- Nº 26 / 2006 “Inmigración y redefinición de la identidad europea”
Diego Acosta Arcarazo
- Nº 27 / 2007 “Procesos de integración en Sudamérica. Un proyecto más ambicioso: la comunidad sudamericana de naciones”
Raquel Turienzo Carracedo
- Nº 28 / 2007 “El poder del derecho en el orden internacional. Estudio crítico de la aplicación de la norma democrática por el Consejo de Seguridad y la Unión Europea”
Gaspar Atienza Becerril
- Nº 29 / 2008 “Iraqi Kurdistan: Past, Present and Future. A look at the history, the contemporary situation and the future for the Kurdish parts of Iraq”
Egil Thorsås
- Nº 30 / 2008 “Los desafíos de la creciente presencia de China en el continente africano”
Marisa Caroço Amaro
- Nº 31 / 2009 “La cooperación al desarrollo: un traje a medida para cada contexto. Las prioridades para la promoción de la buena gobernanza en terceros países: la Unión Europea, los Estados Unidos y la Organización de las Naciones Unidas”
Anne Van Nistelrooij

- Nº 32 / 2009 “Desafíos y oportunidades en las relaciones entre la Unión Europea y Turquía”
Manuela Gambino
- Nº 33 / 2009 “Las relaciones transatlánticas tras la crisis financiera internacional: oportunidades para la Presidencia Española”
Román Escolano
- Nº 34 / 2010 “Los derechos fundamentales en los tratados europeos. Evolución y situación actual”
Silvia Ortiz Herrera
- Nº 35 / 2010 “La Unión Europea ante los retos de la democratización en Cuba”
Delia Contreras
- Nº 36 / 2010 “La asociación estratégica UE- Brasil. Retórica y pragmatismo en las relaciones Euro-Brasileñas” (Vol 1 y 2)
Ana Isabel Rodríguez Iglesias
- Nº 37 / 2011 “China’s foreign policy: A European perspective”
Fernando Delage y Gracia Abad
- Nº 38 / 2011 “China’s Priorities and Strategy in China-EU Relations”
Chen Zhimin, Dai Bingran, Pan Zhongqi y Dingchun
- Nº 39 / 2011 “Motor or Brake for European Policies? Germany’s new role in the EU after the Lisbon-Judgment of its Federal Constitutional Court”
Ingolf Pernice
- Nº 40 / 2011 “Back to Square One - the Past, Present and Future of the Simmenthal Mandate”
Siniša Rodin
- Nº 41 / 2011 “Lisbon before the Courts: Comparative Perspectives”
Mattias Wendel
- Nº 42 / 2011 “The Spanish Constitutional Court, European Law and the constitutional traditions common to the Member States (Art. 6.3 TUE). Lisbon and beyond”
Antonio López – Pina
- Nº 43 / 2011 “Women in the Islamic Republic of Iran: The Paradox of less Rights and more Opportunities”
Désirée Emilie Simonetti
- Nº 44 / 2011 “China and the Global Political Economy”
Weiping Huang & Xinning Song
- Nº 45 / 2011 “Multilateralism and Soft Diplomacy”
Juliet Lodge and Angela Carpenter
- Nº 46 / 2011 “FDI and Business Networks: The EU-China Foreign Direct Investment Relationship”
Jeremy Clegg and Hinrich Voss
- Nº 47 / 2011 “China within the emerging Asian multilateralism and regionalism as perceived through a comparison with the European Neighbourhood Policy”
Maria-Eugenia Bardaro & Frederik Ponjaert
- Nº 48 / 2011 “Multilateralism and Global Governance”
Mario Telò

- Nº 49 / 2011 “Bilateral Trade Relations and Business Cooperation”
Enrique Fanjul
- Nº 50 / 2011 “Political Dialogue in EU-China Relations”
José María Beneyto, Alicia Sorroza, Inmaculada Hurtado y Justo Corti
- Nº 51 / 2011 “La Política Energética Exterior de la Unión Europea: Entre dependencia, seguridad de abastecimiento, mercado y geopolítica”
Marco Villa
- Nº 52 / 2011 “Los Inicios del Servicio Europeo de Acción Exterior”
Macarena Esteban Guadalix
- Nº 53 / 2011 “Holding Europe’s CFSP/CSDP Executive to Account in the Age of the Lisbon Treaty”
Daniel Thym
- Nº 54 / 2012 “El conflicto en el Ártico: ¿hacia un tratado internacional?”
Alberto Trillo Barca
- Nº 55 / 2012 “Turkey’s Accession to the European Union: Going Nowhere”
William Chislett
- Nº 56 / 2012 “Las relaciones entre la Unión Europea y la Federación Rusa en materia de seguridad y defensa. Reflexiones al calor del nuevo concepto estratégico de la Alianza Atlántica”
Jesús Elguea Palacios
- Nº 57 / 2012 “The Multiannual Financial Framework 2014-2020: A Preliminary analysis of the Spanish position”
Mario Kölling y Cristina Serrano Leal
- Nº 58 / 2012 “Preserving Sovereignty, Delaying the Supranational Constitutional Moment? The EU as the Anti-Model for regional judiciaries”
Allan F. Tatham
- Nº 59 / 2012 “La participación de las CCAA en el diseño y la negociación de la política de cohesión para el periodo 2014-2020”
Mario Kölling y Cristina Serrano Leal
- Nº 60 / 2012 “El planteamiento de las asociaciones estratégicas: la respuesta europea ante los desafíos que presenta el nuevo orden mundial”
Javier García Toni
- Nº 61 / 2012 “La dimensión global del Constitucionalismo Multinivel. Una respuesta global a los desafíos de la globalización”
Ingolf Pernice
- Nº 62 / 2012 “EU External Relations: the Governance Mode of Foreign Policy”
Gráinne de Búrca
- Nº 63 / 2012 “La propiedad intelectual en China: cambios y adaptaciones a los cánones internacionales”
Paula Tallón Queija
- Nº 64 / 2012 “Contribuciones del presupuesto comunitario a la gobernanza global: claves desde Europa”
Cristina Serrano Leal
- Nº 65 / 2013 “Las relaciones germano-estadounidenses entre 1933 y 1945”
Pablo Guerrero García

- Nº 66 / 2013 “El futuro de la agricultura europea ante los nuevos desafíos mundiales”
Marta Llorca Gomis, Raquel Antón Martín, Carmen Durán Vizán y Jaime del Olmo Morillo-Velarde
- Nº 67 / 2013 “¿Cómo será la guerra del futuro? La perspectiva norteamericana”
Salvador Sánchez Tapia
- Nº 68 / 2013 “Políticas y estrategias de comunicación de la Comisión Europea: actores y procesos desde que se aprueban hasta que la información llega a la ciudadanía española”
Marta Hernández Ruiz
- Nº 69 / 2013 “El reglamento europeo de sucesiones. Tribunales competentes y ley aplicable. excepciones al principio general de unidad de ley”
Silvia Ortiz Herrera
- Nº 70 / 2013 “Private Sector Protagonism in U.S. Humanitarian Aid”
Sarah Elizabeth Capers
- Nº 71 / 2014 “Integration of Turkish Minorities in Germany”
Iraia Eizmendi Alonso
- Nº 72 / 2014 “La imagen de España en el exterior: la Marca España”
Marta Sabater Ramis
- Nº 73 / 2014 “Aportaciones del Mercado Interior y la política de competencia europea: lecciones a considerar por otras áreas de integración regional”
Jerónimo Maillo
- Nº 74 / 2015 “Las relaciones de la UE con sus socios meridionales a la luz de la Primavera Árabe”
Paloma Luengos Fernández

Serie Política de la Competencia

- Nº 1 / 2001 “El control de concentraciones en España: un nuevo marco legislativo para las empresas”
José María Beneyto
- Nº 2 / 2001 “Análisis de los efectos económicos y sobre la competencia de la concentración Endesa-Iberdrola”
Luis Atienza, Javier de Quinto y Richard Watt
- Nº 3 / 2001 “Empresas en Participación concentrativas y artículo 81 del Tratado CE: Dos años de aplicación del artículo 2(4) del Reglamento CE de control de las operaciones de concentración”
Jerónimo Maíllo González-Orús
- Nº 1 / 2002 “Cinco años de aplicación de la Comunicación de 1996 relativa a la no imposición de multas o a la reducción de su importe en los asuntos relacionados con los acuerdos entre empresas”
Miguel Ángel Peña Castellot
- Nº 2 / 2002 “Leniency: la política de exoneración del pago de multas en derecho de la competencia”
Santiago Illundaín Fontoya
- Nº 3 / 2002 “Dominancia vs. disminución sustancial de la competencia ¿cuál es el criterio más apropiado?: aspectos jurídicos”
Mercedes García Pérez
- Nº 4 / 2002 “Test de dominancia vs. test de reducción de la competencia: aspectos económicos”
Juan Briones Alonso
- Nº 5 / 2002 “Telecomunicaciones en España: situación actual y perspectivas”
Bernardo Pérez de León Ponce
- Nº 6 / 2002 “El nuevo marco regulatorio europeo de las telecomunicaciones”
Jerónimo González González y Beatriz Sanz Fernández-Vega
- Nº 1 / 2003 “Some Simple Graphical Interpretations of the Herfindahl-Hirshman Index and their Implications”
Richard Watt y Javier De Quinto
- Nº 2 / 2003 “La Acción de Oro o las privatizaciones en un Mercado Único”
Pablo Siegrist Ridruejo, Jesús Lavalle Merchán, Emilia Gargallo González
- Nº 3 / 2003 “El control comunitario de concentraciones de empresas y la invocación de intereses nacionales. Crítica del artículo 21.3 del Reglamento 4064/89”
Pablo Berenguer O’Shea y Vanessa Pérez Lamas
- Nº 1 / 2004 “Los puntos de conexión en la Ley 1/2002 de 21 de febrero de coordinación de las competencias del Estado y las Comunidades Autónomas en materia de defensa de la competencia”
Lucana Estévez Mendoza
- Nº 2 / 2004 “Los impuestos autonómicos sobre los grandes establecimientos comerciales como ayuda de Estado ilícita ex art. 87 TCE”
Francisco Marcos
- Nº 1 / 2005 “Servicios de Interés General y Artículo 86 del Tratado CE: Una Visión Evolutiva”
Jerónimo Maíllo González-Orús

- Nº 2 / 2005 “La evaluación de los registros de morosos por el Tribunal de Defensa de la Competencia”
Alfonso Rincón García Loygorri
- Nº 3 / 2005 “El código de conducta en materia de fiscalidad de las empresas y su relación con el régimen comunitario de ayudas de Estado”
Alfonso Lamadrid de Pablo
- Nº 18 / 2006 “Régimen sancionador y clemencia: comentarios al título quinto del anteproyecto de la ley de defensa de la competencia”
Miguel Ángel Peña Castellot
- Nº 19 / 2006 “Un nuevo marco institucional en la defensa de la competencia en España”
Carlos Padrós Reig
- Nº 20 / 2006 “Las ayudas públicas y la actividad normativa de los poderes públicos en el anteproyecto de ley de defensa de la competencia de 2006”
Juan Arpio Santacruz
- Nº 21 / 2006 “La intervención del Gobierno en el control de concentraciones económicas”
Albert Sánchez Graells
- Nº 22 / 2006 “La descentralización administrativa de la aplicación del Derecho de la competencia en España”
José Antonio Rodríguez Miguez
- Nº 23 / 2007 “Aplicación por los jueces nacionales de la legislación en materia de competencia en el Proyecto de Ley”
Juan Manuel Fernández López
- Nº 24 / 2007 “El tratamiento de las restricciones públicas a la competencia”
Francisco Marcos Fernández
- Nº 25 / 2008 “Merger Control in the Pharmaceutical Sector and the Innovation Market Assessment. European Analysis in Practice and differences with the American Approach”
Teresa Lorca Morales
- Nº 26 / 2008 “Separación de actividades en el sector eléctrico”
Joaquín M^a Nebreda Pérez
- Nº 27 / 2008 “Arbitraje y Defensa de la Competencia”
Antonio Creus Carreras y Josep Maria Julià Insenser
- Nº 28 / 2008 “El procedimiento de control de concentraciones y la supervisión por organismos reguladores de las Ofertas Públicas de Adquisición”
Francisco Marcos Fernández
- Nº 29 / 2009 “Intervención pública en momentos de crisis: el derecho de ayudas de Estado aplicado a la intervención pública directa en las empresas”
Pedro Callol y Jorge Manzarbeitia
- Nº 30 / 2011 “Understanding China’s Competition Law & Policy: merger control as a case study”
Jerónimo Maillo
- Nº 31 / 2012 Autoridades autonómicas de defensa de la competencia en vías de extinción
Francisco Marcos

- Nº 32 / 2013 “¿Qué es un cártel para la CNC?”
Alfonso Rincón García-Loygorri
- Nº 33 / 2013 “Tipología de cárteles un estudio de los 20 casos resueltos por la CNC”
Justo Corti Varela
- Nº 34 / 2013 “Autoridades responsables de la lucha contra los cárteles en España (división de poderes y funciones con la UE, reparto interno con las CCAA, aplicación administrativa-judicial, dotación de recursos humanos y materiales).”
José Antonio Rodríguez Miguez
- Nº 35 / 2013 “Una revisión de la literatura económica sobre el funcionamiento interno de los cárteles y sus efectos económicos”
María Jesús Arroyo Fernández y Begoña Blasco Torrejón
- Nº 36 / 2013 “Poderes de Investigación de la Comisión Nacional de la Competencia”
Alberto Escudero
- Nº 37 / 2013 “*Screening* de la autoridad de competencia: Mejores prácticas internacionales”
María Jesús Arroyo Fernández y Begoña Blasco Torrejón
- Nº 38 / 2013 “Objetividad, predictibilidad y determinación normativa. Los poderes normativos ad extra de las autoridades de defensa de la competencia en el control de los cárteles”
Carlos Padrós Reig
- Nº 39 / 2013 “La revisión jurisdiccional de los expedientes sancionadores de cárteles”
Fernando Díez Estella
- Nº 40 / 2013 “Programas de recompensas para luchar contra los cárteles en Europa: una comparativa con terceros países”
Jerónimo Maíllo González-Orús
- Nº 41 / 2014 “La criminalización de los cárteles en la Unión Europea”
Amparo Lozano Maneiro
- Nº 42 / 2014 “Posibilidad de sancionar penalmente los cárteles en España, tanto en el presente como en el futuro”
Álvaro Mendo Estrella
- Nº 43 / 2014 “La criminalización de los hardcore cartels: reflexiones a partir de la experiencia de EE.UU. y Reino Unido”
María Gutiérrez Rodríguez
- Nº 44 / 2014 “La escasez de acciones de daños y perjuicios derivadas de ilícitos antitrust en España, ¿por qué?”
Fernando Díez Estella
- Nº 45 / 2014 “Cuantificación de daños de los cárteles duros. Una visión económica”
Rodolfo Ramos Melero
- Nº 46 / 2014 “El procedimiento sancionador en materia de cárteles”
Alfonso Lamadrid de Pablo y José Luis Buendía Sierra
- Nº 47 / 2014 “Japanese Cartel Control in Transition”
Mel Marquis y Tadashi Shiraishi

Serie Economía Europea

- Nº 1 / 2001** “Impacto económico de la inmigración de los Países de Europa Central y Oriental a la Unión Europea”
M^a del Mar Herrador Morales
- Nº 1 / 2002** “Análisis de la financiación de los Fondos Estructurales en el ámbito de la política regional de la Unión Europea durante el período 1994-1999”
Cristina Isabel Dopacio
- Nº 2 / 2002** “On capital structure in the small and medium enterprises: the spanish case”
Francisco Sogorb Mira
- Nº 3 / 2002** “European Union foreign direct investment flows to Mercosur economies: an analysis of the country-of-origin determinants”
Martha Carro Fernández
- Nº 1 / 2004** “¿Es necesario reformar el Pacto de Estabilidad y Crecimiento?”
Ana Cristina Mingorance
- Nº 2 / 2004** “Perspectivas financieras 2007-2013: las nuevas prioridades de la Unión Europea y sus implicaciones en la política regional”
Cristina Serrano Leal, Begoña Montoro de Zulueta y Enrique Viguera Rubio
- Nº 3 / 2004** “Stabilisation Policy in EMU: The Case for More Active Fiscal Policy”
María Jesús Arroyo Fernández y Jorge Uxó González
- Nº 1 / 2005** “La negociación de las perspectivas financieras 2007-2013: Una historia de encuentros y desencuentros”
Cristina Serrano Leal
- Nº 9 / 2006** “La cuestión agrícola en las negociaciones comerciales multilaterales”
Ana Fernández-Ardavín Martínez y M^a Ángeles Rodríguez Santos
- Nº 10 / 2007** “El modelo de desarrollo finlandés y su posible adaptación a los países del Este”
Zane Butina
- Nº 11 / 2008** “La estrategia de Lisboa como respuesta de la UE a los retos de la globalización y al envejecimiento de su población”
Miguel Moltó Calvo

Serie del Centro de Estudios de Cooperación al Desarrollo

- Nº 1 / 2003** “Papel de la UE en las recientes cumbres internacionales”
Mónica Goded Salto
- Nº 1 / 2004** “La asociación Euro-Mediterránea: Un instrumento al servicio de la paz y la prosperidad”
Jesús Antonio Núñez Villaverde
- Nº 2 / 2004** “La retroalimentación en los sistemas de evaluación. Experiencias en la cooperación al desarrollo”
José María Larrú Ramos
- Nº 3 / 2004** “Migraciones y desarrollo: propuestas institucionales y experiencias prácticas”
Carlos Giménez, Alberto Acosta, Jaime Atienza, Gemma Aubarell, Xabier Aragall
- Nº 4 / 2004** “Responsabilidad social corporativa y PYMES”
Amparo Merino de Diego
- Nº 1 / 2005** “La relación ONG-Empresa en el marco de la responsabilidad social de la empresa”
Carmen Valor y Amparo Merino
- Nº 1 / 2008** “Dos modalidades de evaluación: evaluaciones de impacto aleatorias y evaluaciones participativas”
José María Larrú Ramos y Jorge Lugrís Llerandi
- Nº 2 / 2008** “A system not fit for purpose?”
Sven Grimm
- Nº 3 / 2008** “El fortalecimiento institucional de la sociedad civil: principal desafío de la cooperación internacional”
Ramón E. Daubón
- Nº 4 / 2009** “La relación entre las instituciones y el desarrollo económico de las naciones”
Pablo Bandeira
- Nº 5 / 2009** “El desarrollo institucional en el contexto de la ineficacia de la ayuda oficial: valoración crítica y propuestas de acción”
Pablo Bandeira
- Nº 6 / 2009** “El fortalecimiento de capacidades y el apoyo al desarrollo desde las bases: la experiencia de la RedEAmérica”
Rodrigo Villar
- Nº 7 / 2009** “Mind the gap: Addressing the “Delivery Challenge” in EC Development Cooperation”
Jean Bossuyt
- Nº 8 / 2009** “De la reforma política en nuevas democracias: aspectos sistémicos e institucionales y calidad de la democracia”
Manuel Alcántara Sáez y Fátima García Díez
- Nº 9 / 2009** “Algunas limitaciones metodológicas para analizar la gobernabilidad”
Miguel Fernández Trillo-Figueroa

- Nº 10 / 2009 “Fortalecimiento de la sociedad civil para la acción pública y la gobernanza democrática en contextos de desarrollo”
Gonzalo Delamaza
- Nº 11 / 2010 “La gestión de la información en organizaciones de desarrollo Vol. 1 y Vol. 2”
Rodríguez - Ariza Carlos
- Nº 12 / 2010 “¿Más es mejor?”
Larru, José María
- Nº 13 / 2010 “Civil society capacity building: An approach in Uganda”
Groenendijk, Kees
- Nº 14 / 2010 “El futuro de la cooperación europea al desarrollo: ¿Buscar soluciones globales o volver a un nicho para 2020?”
Sven Grimm y Erik Lundsgaarde
- Nº 15 / 2011 “Dos métodos de evaluación: criterios y teoría del programa”
Juan Andrés Ligeró Lasa
- Nº 16 / 2012 “Guía para el uso de herramientas de medición de la calidad de las instituciones públicas en la cooperación internacional”
Pablo Bandeira
- Nº 17 / 2012 “Fortalecimiento institucional y desarrollo: herramientas prácticas para los actores de la cooperación”
Daniel Gayo, Carlos Garcimartín, Roberto Pizarro Mondragón, Eloy Bedoya, Xavi Palau, Graciela Rico, M^a Jesús Vitón y Esther del Campo
- Nº 18 / 2012 "Cooperación técnica para el fortalecimiento institucional: herramientas prácticas para fomentar sus resultados"
Luisa Moreno, Luis Cámara, Juan Ramón Cañadas, Fernando Varela, Cristina Fernández, Jordi Montagud O'Curry, Inmaculada Zamora
- Nº 19 / 2013 “*Governance matters*. Algunas lecciones aprendidas en proyectos de fortalecimiento institucional”
Ana Fernández-Ardavín, Désirée Simonetti y Fernanda Villavicencio
- Nº 20 / 2013 “La integración de la evaluación en el ciclo de las intervenciones de las ONGD”
José María Larrú y María Méndez
- Nº 21 / 2013 “El fortalecimiento de las instituciones públicas en América Latina: situación actual y retos”
Pablo Bandeira
- Nº 22 / 2014 “Un marco de referencia para las ONGD en la construcción de instituciones para el desarrollo”
Déborah Itriago
- Nº 23 / 2014 “10 desafíos que enfrentan las ONGD en el fortalecimiento institucional para el desarrollo”
Déborah Itriago
- Nº 24 / 2014 “Calidad y utilidad de las evaluaciones en la Cooperación para el Desarrollo en España”
Rafael Monterde Díaz
- Nº 25 / 2014 “La Unión Europea y la Agenda de Desarrollo post-2015”
José María Larrú y Javier Sota

Nº 26 / 2014 “El seguimiento externo orientado a resultados (SER): una buena práctica para aumentar la eficacia de la ayuda al desarrollo”
Juan Manuel Santomé & Natalia Sagrario

Serie Arbitraje Internacional y Resolución Alternativa de Controversias

- Nº 1 / 2007** “Towards a new paradigm in international arbitration. The Town Elder model revisited”
David W. Rivkin
- Nº 2 / 2008** “Los árbitros y el poder para dictar condenas no pecuniarias”
David Ramos Muñoz
- Nº 3 / 2008** “La lucha contra las prerrogativas estatales en el arbitraje comercial internacional”
José Fernando Merino Merchán
- Nº 4 / 2009** “Due process and public policy in the international enforcement of class arbitration awards”
Stacie I. Strong
- Nº 5 / 2009** “The permanent court of arbitration and the uncitral arbitration rules: current interaction and future perspectives”
Sarah Grimmer

Resumen: La Primera Guerra Mundial se presenta a menudo como la gran catástrofe que puso fin a un siglo en el que Europa vivió relativamente tranquila gracias al equilibrio de poder diseñado tras el fin de las guerras napoleónicas. Este trabajo, sin embargo, repasa la historia de las relaciones internacionales durante el siglo XIX para defender que el equilibrio de poder fue muy poco operativo durante la mayor parte del periodo y que, cuando finalmente funcionó, se reveló un factor de inestabilidad más que de estabilidad, hasta el punto de que puede considerarse una de las causas determinantes del estallido de la guerra.

Palabras clave: Equilibrio de poder, Realpolitik, Primera Guerra Mundial, Congreso de Viena, Triple Alianza, Entente.

Abstract: The First World War is often seen as the great catastrophe which brought to an end a century which, thanks to the balance of power established after the Napoleonic Wars, was relatively peaceful. However, this work analyses the history of international relations during the 19th century to argue that the balance of power was not operational during most of that time and that, when it was finally activated, it played a destabilizing rather than a stabilizing role. The balance of power could thus be included among the decisive factors which led to war.

Keywords: Balance of Power, Realpolitik, Great War, Congress of Vienna, Triple Alliance, Entente.